

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

El espía alemán

… Sería estúpido atraerla a Miami para matarla o torturarla en busca de secretos de espionaje… ¿No le parece que eso mismo podría hacerlo en la propia Nueva York? Y no me guarde rencor por ser alemán. Conocí a su madre, aquella extraordinaria mujer fusilada en Cherche Midi, pero todo lo que hice fue admirarla por el inigualable sacrificio que realizó por su patria. La admiré y la respeté a ella, y la admiro y respeto a usted. Estoy dispuesto a probarle mi sinceridad y mi honor del modo que juzgue conveniente. Mis señas están en el sobre, y si acepta entrevistarse conmigo le ruego que me lo comunique telegráficamente.

Con admiración besa su mano

BARÓN WILHELM VON STEINHEIL



Lou Carrigan

El espía alemán

Brigitte en acción - 20

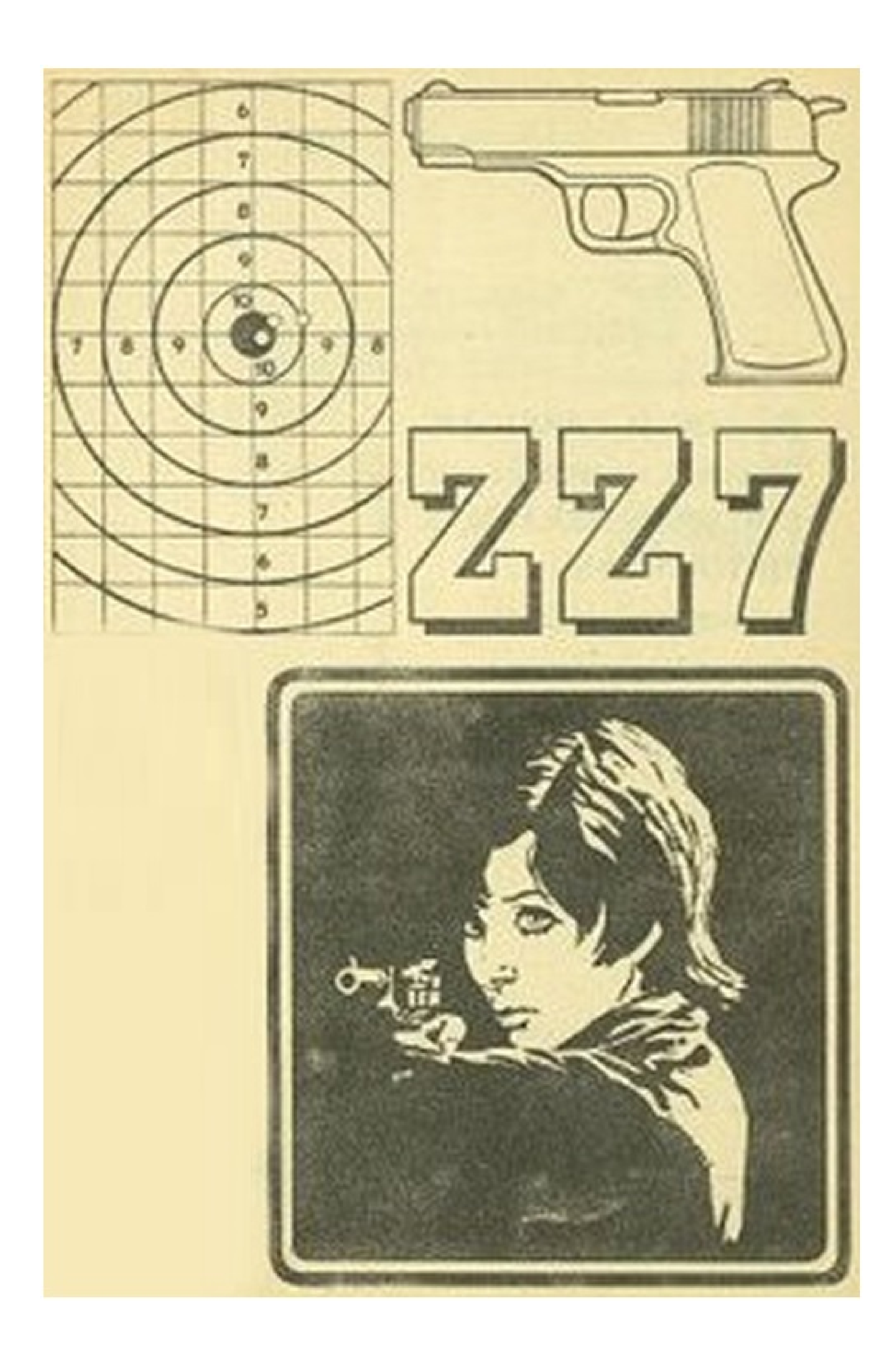
ePub r1.1

xico_weno 20.12.17

Título original: *El espiá alemán*
Lou Carrigan, 1965

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




ZZ7

1. LA ESPERA IMPACIENTE / EL ESPÍA ALEMÁN ENVÍA MISIVA / RUMBO A MIAMI

Charles Alan Pitzer consultó su reloj una vez más. Luego miró de reojo a Miky Grogan, que simulaba estar ocupado repasando las galeradas de un artículo.

—¿Está seguro de que no aclaró nada? —gruñó.

Grogan lo miró apaciblemente.

—Segurísimo. Ya la conoce: le gusta rodearse de misterio, de suspense.

—¡Pues no me hace ninguna gracia!

—Tómeselo con calma —sonrió Grogan—: al fin y al cabo, todo eso del misterio y del suspense se lo enseñó usted.

Pitzer le dio un mordisco al cigarro que estaba fumando nerviosamente, dejándolo todavía más parecido a una escoba.

—No es natural —refunfuñó—… ¡Esto no es natural!

—Ya lo sé —admitió calmosamente Grogan—. Lo natural es que sea usted quien tenga a la chica sobre ascuas, ¿no?

—¡Claro!

—Pues esta vez ella ha querido vengarse un poco. Vamos, no se ponga nervioso: si Brigitte ha dicho que vendrá aquí es que vendrá. Eso es todo. Usted siempre anda citándola en sitios extraños para encomendarle misiones difíciles… y también extrañas. Ahora ella le ha citado a usted aquí, y es mejor tomarlo con calma. ¿Un cigarrillo?

—¡Estoy fumando! —masculló Pitzer.

—Creí que estaba mascando tabaco…

—¡No me venga con bromas!

El director del *Morning News* suspiró.

—Como quiera. Siga comiendo tabaco, si ése es su gusto.

—¿Qué hora es?

—La que marca su reloj. ¿Acaso desconfía de él?

—¿Usted también tiene las diez menos diez?

—Más o menos ésa es la hora. Pero Brigitte dijo que vendría a las diez, ¿no?

—En punto.

—Entonces faltan diez minutos. ¿Por qué no se asoma a la ventana? Nueva York se ve muy bonita desde veinte pisos de altura.

Pitzer aplastó lo que quedaba de su cigarro en el cenicero, se puso en pie, y se dirigió hacia la ventana.

Bueno, era cierto que la ciudad lucía espléndida desde allí, pero él estaba pensando en otras cosas.

Concretamente en Brigitte Montfort. La famosa periodista le había citado en el despacho de su jefe periodístico, y eso no era corriente. Lo corriente era que entre Grogan y él metiesen a la chica en apuros, no que ella los tuviese en suspenso. Sí señor, era muy propio de Brigitte aquella jugarreta que tenía no poco de ironía: los todopoderosos jefes de sus dos actividades estaban pendientes de ella, siquiera fuese por una vez en la vida. Los cita en el despacho del periódico, sin explicaciones, y eso es todo.

—¿Por qué no la llamamos otra vez a su apartamento? —propuso Pitzer.

—Por dos razones. Primera, que la hemos llamado ya catorce veces desde las nueve y media, y no contesta. Segunda: que ya debe de estar camino de este despacho.

—¿Y si le ha ocurrido algo?

Miky Grogan estuvo a punto de echarse a reír.

—¿A Brigitte? Vamos, vamos, Pitzer: formalidad. ¿De veras no quiere un cigarrillo?

—Usted se las está dando de tranquilo y está tan nervioso como yo.

—Es cierto. Pero yo no soy uno de los jefes del servicio secreto norteamericano, o sea que puedo permitirme el lujo de estar nervioso. Usted no. Se supone que los espías y gente de esa clase deben tener nervios de acero.

—¿Por qué no se va al demonio?

Pitzer cogió un cigarrillo, lo encendió, y regresó a la ventana, rumiando, farfullando sus pensamientos.

A las diez en punto la puerta del despacho se abrió, sin ceremonias, ni aviso de ninguna clase por el interfono a Grogan… Y Brigitte Montfort apareció, hermosa y radiante como siempre, divina en su espléndida belleza juvenil, elegante y sencilla hasta lo increíble.

—Buenos días, queridos —saludó jovialmente.

—¡Ya era hora! —aulló Pitzer.

—¡Puntual como siempre! —Exclamó Grogan—. Díganos, Brigitte: ¿de qué se trata?

Brigitte fue hacia Pitzer y le dio un besito en una mejilla. Luego fue hacia Grogan y le hizo el mismo maravilloso obsequio, con lo cual Grogan quedó tan turulato como Pitzer. A seguido, la sin par criatura sacó un espejito de su bolso y se miró los ojos.

—¿Lo han notado? —preguntó.

—¿El qué? —Exclamaron a la vez Pitzer y Grogan.

—Mis ojos —ella sonrió como un ángel—… Los tengo esta mañana más lindos y brillantes que de costumbre. ¿Lo han notado o no? Fíjense qué azul tan increíble. Una vez, un enamorado mío me dijo…

Pitzer soltó un resoplido.

—¡Déjese de tonterías y diga por qué me ha citado en el despacho de Grogan!

Brigitte lo miró con incredulidad.

—Jamás habría creído que pudiera ser usted tan poco cortés, tío Charlie.

Pitzer se sonrojó.

—¿Qué dijo su enamorado? —farfulló.

Brigitte sonrió.

—Dijo: «Brigitte: tus ojos son como el mar; cambian de color a cada hora del día; por la mañana azul y verde claro; al mediodía azul limpio y cegador; al atardecer llenos de sol rojo que se pone, parecen morados o azul cobalto; por la noche… Ah, Brigitte…, ¡por la noche tus ojos tienen todos los colores del mundo, los más bellos, los más limpios y dulces…!» ¿Les gusta lo que dijo mi enamorado?

Grogan y Pitzer se miraron.

—Eee… Sí… Sí, es muy bonito. ¿Vamos al grano?

—¿Están de acuerdo?

—¿En lo de ir al grano? ¡Claro!

—¡Me refiero a mis ojos! —Se enfurruñó Brigitte.

—Esto… Sus ojos… Oh, sí, sus ojos… Maravillosos. Son maravillosos… ¿No es cierto, Grogan?

—Seguro, seguro…

Siguiendo su costumbre Brigitte se sentó en una punta de la mesa de Miky Grogan, enseñando las más bellas piernas del globo terráqueo y planetas próximos. Sonrió, chascó dos deditos, y los dos hombres dejaron de mirar las piernas para prestar atención a los labios más bellos que habían visto jamás.

—No sean pícaros —recriminó Brigitte—. No estoy aquí para que admiren mis piernas, sino para hablar de cosas serias… ¿Por qué les ha de gustar tanto perder el tiempo?

Pitzer enrojeció de rabia, y Grogan sonrió, tomándose las cosas con filosofía.

—¿A nosotros nos gusta perder el tiempo? —masculló Pitzer.

—¿A quién si no? Lo primero que tenían que haber hecho al verme era preguntar qué sucedía y por qué he querido verlos a los dos a la vez aquí. ¿De acuerdo?

Pitzer tragó saliva en lugar de gritar. Se tocó el nudo de la corbata y se dejó caer en un sillón. Contó hasta diez y luego dijo, calmosamente:

—La escuchamos, ojos color de mar.

—He recibido una carta.

—¿De Papá Noel? —bromeó Grogan.

—¡Ojalá…! La carta es de un hombre que sabe que suelo actuar como espía en cuantas ocasiones se presentan.

Pitzer saltó del sillón.

—¡Eso es una catástrofe!

Brigitte encogió los hombros y se miró las bien lacadas uñas de una mano. Luego encendió un cigarrillo, haciendo aros de humo de modo que su boquita quedó propicia al beso, y dijo:

—Según cómo se mire. No me parece una carta propia de un enemigo.

—¿Quién es él? ¿Qué nacionalidad tiene, cómo se llama…?

—Se llama Wilhelm von Steinheil… Alemán, naturalmente. Eso es todo lo que sé…, por ahora. Aparte de eso escribe como los ángeles, y es mucho más educado que ustedes. ¿Quiere ver la carta, jefe?

Se refería al jefe periodístico, de modo que tendió la carta que sacó de su bolso a Miky Grogan. Éste la tomó ávidamente, pero enseguida la tiró sobre la mesa, furiosamente.

—¡Está escrita en alemán! —protestó.

—¿Se da cuenta? —Sonrió Brigitte—. ¿Cuántas veces le he dicho que debería aprender alemán?

Pitzer había tomado inmediatamente la carta. Él sí sabía alemán, de modo que pudo leerla rápidamente. Luego, como si acabase de recibir un puñetazo en el estómago, la devolvió a Brigitte, susurrando:

—¿Y bien?

—Voy a leérsela a mi querido Miky, no sea que me despida. ¿Atento, jefe?

Grogan asintió nerviosamente con la cabeza.

—Sí, sí.

—Está escrita en buen papel norteamericano, con máquina de escribir norteamericana, y en el sobre consta el matasellos norteamericano… Concretamente, de Miami. ¿No es sorprendente?

—¡Lea la carta!

—Dice así:

Admirada señorita Montfort:

Desde hace tiempo admiro su buena suerte y habilidad para sobrevivir en el sucio mundo del espionaje internacional. Comprendo su mérito a la perfección por motivos muy personales: los dos sabemos lo difícil que es permanecer vivos en nuestro ambiente. Posiblemente usted se preguntará cómo es posible que yo sepa de sus andanzas, y aún se sorprendería más si supiese que la conozco personalmente… No, no, usted a mí no me conoce: no me ha visto jamás. Yo a usted sí. Es una dulce y maravillosa muchacha de ojos azules y cabellos negros, capaz incluso de enamorar a un pobre hombre como yo… Oh, pero dejemos esto. Su belleza podrá ser admirada y alabada personalmente por mí más adelante…, si me concede ese honor.

Quiero proponerle un trato. No a usted de un modo personal, sino a los Estados Unidos por mediación de usted. Dispongo de ciertos planos que estoy decidido a ceder a su patria. Créame: son interesantísimos. Naturalmente podría entenderme con otro agente de la C. I. A. e incluso ir a Washington a tratar el asunto, pero debo tener mucho cuidado con mi vida, con otras que dependen de mí, y, también, con la del agente

norteamericano que entre en contacto conmigo. La he elegido a usted por tres razones. Una: sospecharán menos de usted que de un hombre. Dos: solamente me atrevo a confiar en usted. Y tres: será un placer para mí verla de cerca, admirarla, disfrutar de la dulzura de sus ojos. No desconfíe de mí. Sería estúpido atraerla a Miami para matarla o torturarla en busca de secretos de espionaje… ¿No le parece que eso mismo podría hacerlo en la propia Nueva York? Y no me guarde rencor por ser alemán. Conocí a su madre, aquella extraordinaria mujer fusilada en Cherche Midi, pero todo lo que hice fue admirarla por el inigualable sacrificio que realizó por su patria. La admiré y la respeté a ella, y la admiro y respeto a usted. Estoy dispuesto a probarle mi sinceridad y mi honor del modo que juzgue conveniente. Mis señas están en el sobre, y si acepta entrevistarse conmigo le ruego que me lo comunique telegráficamente.

Con admiración besa su mano

BARÓN WILHELM VON STEINHEIL

P. D. No temo de usted ninguna traición en absoluto. Y sé que vendrá. Gracias.

—Cielo santo —murmuró Grogan—… ¿Cómo ha podido ese hombre saber tantas cosas? ¡Esto no me gusta nada, Brigitte, y usted no va a ir a Miami!

—No se apresure tanto —dijo fríamente Pitzer—. Ese hombre tiene algo que quiere negociar con los Estados Unidos: unos planos.

—¿Qué clase de planos? ¡Puede ser todo una mentira!

—No sea ingenuo. Si ese alemán quisiera matar a Brigitte ya estaría en Nueva York… Mejor dicho: Brigitte ya estaría muerta. ¿Quiere algo más fácil que emboscarla en cualquier lugar y meterle siete balas en el cuerpo?

—Sí, es cierto… ¡Pero no me gusta que ella vaya allá!

—Oh, vamos… Miami no es el fin del mundo. Es una hermosa ciudad norteamericana.

—Más hermosa que Nueva York —puntualizó Brigitte, sonriendo.

Pitzer se volvió hacia la muchacha.

—¿Es totalmente desconocido para usted ese von Steinheil?

—Totalmente…

—¿Qué opina de esa carta?

—La ha escrito un caballero. No olvidemos que es barón.

—¿Le impediría eso ser un asesino? —gruñó Grogan.

—Ciertamente que no —admitió Pitzer—. ¿Qué dice usted, Brigitte?

—¿Le digo la verdad?

—Claro.

—Pues no sé qué pensar…, salvo que siempre me ha encantado Miami.

Pitzer frunció el ceño. Se sentó y encendió un cigarrillo de los de Grogan. Ya no estaba nervioso. Su cerebro funcionaba con serenidad, lúcido como siempre, calculando pros y contras con toda frialdad: era una perfecta máquina de sacar conclusiones y de trazar planes de acción y de defensa.

—Ese von Steinheil tiene que ser un hombre de edad parecida a la mía.

—¿Por qué cree eso?

—Su carta es clara y sencilla, reposada. Conoce a las personas, conoce hechos pasados y presentes… No olvidemos los hechos pasados. De acuerdo a toda lógica, ese hombre conoció a su madre durante la guerra, Brigitte, ¿no le parece?

—Parece lógico.

—Debió de ser un oficial alemán… Por supuesto debemos resignarnos a no saber, por el momento, cuáles fueron sus relaciones o su trato con Giselle Montfort, o si es o no es hombre de honor…

—Es un espía —dijo Brigitte—. Lo cual es decir tanto como que si tiene que matarme lo hará. Le puedo parecer muy hermosa, muy angelical, y cosas parecidas… Pero si ha de matarme, no vacilará ni un segundo.

—No estamos en guerra, Brigitte.

—Él es alemán.

Pitzer y Grogan miraron seriamente a la muchacha.

—¿Está predispuesta contra los alemanes? Jamás pensé que usted fuera así.

—No lo soy. Vamos a calcularle a ese hombre unos cincuenta y cinco años. ¿Está bien esa edad?

—Aproximadamente.

—Bien. Todo lo que él ha escrito puede ser mentira. Puede que

sólo quiera vengarse de algo que mi madre le hizo en Europa. Y le habrá parecido que una buena venganza es matar o… perjudicar de algún modo a la hija de Giselle Montfort.

—Todo es posible —susurró Pitzer.

—Por otra parte habla de unos planos. ¿Qué planos? ¿Los de la V2? —se burló.

—Si es un hombre de esa edad —reflexionó Grogan— debe de vivir del pasado… y en el pasado.

Pitzer miró hoscamente a los dos.

—Hay algo que ustedes ignoran —gruñó.

—¿Y es…?

—Ese hombre es alemán, de acuerdo. Pero… ¿de qué Alemania? ¿Oriental u Occidental? Si ha escapado de la Alemania Oriental es posible que lo haya hecho con secretos militares, o de Estado…, o de cualquier otra clase que puedan interesar a Estados Unidos.

Grogan soltó un bufido.

—¡Usted razona siempre con demasiada frialdad, Pitzer!

—Es posible. En fin, tenemos lo siguiente: una carta prometedora, un barón alemán llamado Wilhelm von Steinheil que hace un ofrecimiento de planos en Miami, y la persona con la cual ese barón quiere tratar. Ahora sólo falta saber si esa persona quiere o no quiere ir a Miami…

—Sea sincero —sonrió Brigitte—: ¿no le he traído un bocado que parece apetitoso, tío Charlie?

—¿Por qué negarlo? La espera en este despacho ha valido la pena. Pero en modo alguno voy a… digamos obligarla a que vaya a Miami si usted tiene miedo.

Brigitte abrió los ojos de par en par.

—¿Miedo? —Rió, se inclinó sobre el interfono y movió una clavija—. Netty: ¿ha llegado ya Frank?

—Está esperando.

—Dile que pase, por favor.

Regresó la clavija a su sitio, sacó de nuevo el espejito y se miró los ojos sonriendo. La puerta se abrió, y el atlético Minello apareció en ella, sonriendo ampliamente.

—¡Hola! —Tronó su voz—. ¿Cómo están todos?

Brigitte tendió una mano hacia él.

—¿Los tienes, Frank?

—¡Claro que sí, amor! ¡Ahí van!

Brigitte tomó los papeles que le tendía su colega de la Sección Deportiva del *Morning News*, y se abanicó con ellos, mirando irónicamente a Pitzer y Grogan.

—Bien…, ¿qué es eso? —inquirió Pitzer.

—Dos pasajes de avión para Miami. Esta vez me llevo a Frank…, por lo que pueda ocurrir.

—¡Yuuuppiii…! —gritó Minello.

Dio un salto…, y se fue detrás de Brigitte hacia la puerta, poco menos que mareado de placer ante aquellas piernas que se movían graciosamente, a pasitos menudos y vivos, sobre los zapatos de alto tacón.

2. TRAMPA CON PLOMO CALIENTE / SÓLO UN LEVE RETRASO / UNA PISTOLA ENTRE SENOS PRECIOSOS

—¿Cómo crees que será ese alemán? —preguntó Minello en el taxi.

—Ni idea. Lo más que hemos podido calcular, basándonos en la lógica, es su edad: unos cincuenta y cinco años, más o menos. Será un tipo de ojos claros, cabeza cuadrada, vientre voluminoso, piernas cortas, y tórax grande y fuerte.

—¿Cómo puedes saber eso?

—No lo sé, Frank: sólo lo imagino así.

—Has descrito a un hombre… desagradable.

—¿Por qué tiene que ser de otra forma? —musitó Brigitte.

Poco después llegaban a Laguardia, se apeaban del taxi y Minello señalaba el equipaje de Brigitte y su única maleta a un empleado.

—Iré a ver que todo lo hagan bien, Brigitte.

—De acuerdo. ¿Pusiste el telegrama a von Steinheil?

—Claro. Cuando lleguemos a Miami ya lo tendrá. Supongo que te estará esperando en el Miami International.

—No veo por qué. Ya me ha indicado su hotel, ¿no?

—Sí, claro… Bueno, voy a ver qué pasa con el equipaje. Tenemos el tiempo justo, no te pierdas por ahí.

Brigitte se alejó, riendo. Si había alguien en el mundo capaz de perderse tan sólo en una manzana de calles ese alguien era precisamente Frank Minello, no ella.

Estaba a punto de atravesar el umbral de una de las encristaladas puertas del aeropuerto cuando un hombre se acercó a ella, sonriendo.

—¿Señorita Montfort?

Brigitte lo miró expectante.

—Sí, yo soy… ¿Qué desea?
—Tan sólo conversar con usted.
—Bien… Tengo que tomar el avión ahora mismo, de modo que…
—Seré muy breve.
—Le escucho.
—No aquí. Tengo el coche allá. —Lo señaló—. Estaremos mucho mejor dentro de él.
Brigitte frunció el ceño.
—¿Quién es usted? ¿De qué quiere hablarme?
—Confidencial —sonrió el hombre.
—No iré a ningún coche si no sé con quién entro en él y qué quiere de mí.
—En ese caso… Bueno: ¿le basta que le diga que es sobre una carta que ha recibido usted de Miami?
Observo que el barón Wilhelm von Steinheil es muy persuasivo… ¿O no iba usted a Miami?
—Iba… y voy. ¿Quién es usted?
—No insista sobre eso, ya que no tiene importancia. Respecto a su viaje a Miami creo conveniente que antes me escuche… Conveniente para ambos, se entiende.
—Está bien. Vamos a su coche.
Era un tipo alto y fuerte, de modales un tanto bruscos, pero de sonrisa amistosa, cordial. Se dirigieron los dos hacia el coche señalado, y el hombre abrió la portezuela de atrás, señalando hacia el interior.
Brigitte entró, y luego lo hizo el hombre. Al volante había otro, que volvió la cabeza, miró irónicamente a Brigitte, y luego al hombre.
—Cazaste a la palomita, ¿eh?
—Cierra la boca y arranca —gruñó el que llevara a Brigitte al coche.
El vehículo arrancó, suavemente, mientras Brigitte, alertada por las palabras del conductor, se volvía hacia el otro sujeto.
—¿Qué significa esto? —exigió.
—A callar, preciosa, si no quiere que le haga papilla esas bonitas perlas que tiene por dientes.
Brigitte parpadeó. Se estaba alejando del lugar donde

seguramente pasaría a recogerla Frank Minello. Sabía que aquellos dos hombres no le reservaban nada bueno, pero era tarde para lamentar la ingenuidad con que se había dejado atrapar.

Todo lo que podía hacer era intentar huir antes de que la llevasen a algún hogar en el cual no pudiese recibir ayuda…

De pronto se tiró contra la portezuela, de lado, mientras con la mano derecha apoyada en la cabeza del conductor obligaba a éste a inclinarla hacia adelante; pillado por sorpresa, el hombre estrelló su cara contra el volante, mientras la portezuela se abría y Brigitte saltaba fuera del coche, rodando por el suelo.

Apenas había conseguido ordenar de nuevo la exacta visión de las cosas en su entorno cuando el hombre que la había abordado poco antes saltaba del coche mientras éste se precipitaba hacia la derecha, contra una fila de vehículos aparcados, estrellándose allí, tras la falsa maniobra que el conductor debía de haber hecho al recibir el inesperado empujón y el golpe contra el volante.

Pero, el otro, rodando por el suelo, sacaba ya una pistola y apuntaba con ella a Brigitte, que corría hacia la fila de coches del otro lado.

El disparo apenas se oyó, pero sí se oyó el rebote de la bala contra uno de los coches, y el rumor de la gente que corría hacia allí. Brigitte se escondía detrás de un coche, por fin, justo en el momento en que otra bala reventaba uno de los cristales del coche escogido como parapeto. A través de los restos del cristal, Brigitte vio al hombre corriendo hacia ella, sin preocuparse por nada más, como un juramentado dispuesto a acabar con su vida, fuese como fuese. Como nunca en su vida lamentó la muchacha haber metido su pistolita de cachas de madreperla en el *weekend*, tan revuelta entre otras cosas, en lugar de llevarla entre los senos…

Había una gran confusión, y acudía mucha gente; pero nadie se daba perfecta cuenta de lo que estaba ocurriendo entre Brigitte y el hombre de la pistola con silenciador.

El tercer disparo rebotó a dos dedos de la nariz de Brigitte, en la plancha del coche, y rozó su frente y agitó sus cabellos. Pálida, Brigitte dio la vuelta y echó a correr, alejándose del coche, ya que el hombre corría precisamente hacia allí. Se oía ya la sirena de un coche policial, pero lo cierto era que ella corría por entre los coches del aparcamiento, perseguida a balazos por el juramentado.

La cuarta bala pasó cerca de una oreja de Brigitte, que saltó hacia un lado y, tras un par de tropezones, perdió el equilibrio sobre sus zapatos de alto tacón. Se revolvió rápidamente en el suelo, arrastrándose hacia la parte inferior de uno de los coches y mirando con ojos desorbitados a su perseguidor, que se había detenido a unos diez metros y la apuntaba fríamente.

El estampido resonó fuertemente en los oídos de Brigitte, pero no sintió dolor alguno… Ni siquiera había empezado a preguntarse cómo era posible aquel estampido en una pistola tan silenciosa antes, cuando se dio cuenta de que su presunto asesino daba unos torpes pasos, como agarrotado, con la cabeza caída sobre el pecho. De pronto cayó de rodillas y luego de cara contra el suelo, violentamente…

Sólo entonces, como hipnotizada, se dio cuenta Brigitte de que Frank Minello estaba detrás del asesino, con la pistola en la mano y de pie junto a uno de los numerosos coches.

Minello corrió hacia ella, saltando por encima del hombre que acababa de matar, y se apresuró a inclinarse sobre su amiga.

—¿Te has roto las medias, Brigitte? —inquirió.

Y subió un poco la falda, para comprobarlo.

Brigitte le dio un manotazo.

—¡Estate quieto ahora, bruto!

—Sólo quería ver si las medias se han roto…

La ayudó a ponerse en pie, abrazándola con abuso de confianza, de modo que Brigitte tuvo que apartarlo irritada.

—¡Deja de manosearme, pelmazo!

—¡Eres una desagradecida! ¡Te he salvado la vida!

—Corre a llamar a Grogan desde cualquier teléfono: que avise a Pitzer.

—Pero… ¿no tomamos el avión? ¡Yo quiero ir a Miami!

Brigitte señaló hacia el cielo, donde la imponente silueta de un Boeing brillaba al sol, elevándose.

—Pues ahí tienes tu avión… ¡Ve a hacer lo que te he dicho!

—Está bien… ¡Luego examinaré detenidamente las medias!

Minello se alejó rápidamente. Apenas cinco segundos después un par de policías aparecían corriendo hacia Brigitte, pistola en mano. Uno de ellos examinó al hombre contra el cual había disparado Frank Minello, mientras el otro llegaba junto a la espía.

—Está muerto —dijo el primero.

—Okay —dijo el otro—… Tendrá que explicarnos esto, hermana.

* * *

Pitzer entró en el despacho del aeropuerto donde Brigitte y Frank Minello, ahora acompañados del asustado Miky Grogan, esperaban el resultado de sus gestiones.

—Todo arreglado —dijo—. Vamos a evitar el escándalo en torno a su persona, Brigitte. Yo me encargo de todo.

—Perfecto —suspiró Grogan, aliviado—. Ahora a casita, Brigitte.

—No diga tonterías —casi se enfadó ella—. He recibido una invitación para ir a Miami y voy a aprovecharla.

—¿Está loca? —Exclamó Grogan—. ¡Han querido matarla por algo relacionado con ese viaje!

—Precisamente por eso voy a ir a Miami. Me gusta devolver broma por broma.

Miky Grogan abrió la boca, alzó una mano, agitó el dedo índice, bajó la mano, se puso en pie, y abandonó el despacho del aeropuerto dando un violento portazo.

—Diríase que el jefe te quiere, Brigitte —apuntó Minello.

—¿Y yo no? —gruñó Pitzer.

—¿Quién sabe? A fin de cuentas usted tiene un corazón debajo de su pitillera con cápsulas de cianuro, ¿no?

Pitzer miró torvamente a Minello, pero Brigitte zanjó la cuestión. No estaba dispuesta a que hubiese diferencias verbales entre un superespía todo cerebro y que ya no se veía obligado a llevar la cápsula de cianuro por si lo atrapaban, y un atlético muchachote redactor de eventos deportivos.

—¿Qué opina usted, tío Charlie? ¿Voy o no voy a Miami?

—¿Es o no es usted un agente mío? —Repreguntó Pitzer.

—Lo soy.

—Entonces no haga preguntas tontas. A todos mis agentes han intentado matarlos por lo menos media docena de veces…, y siguen trabajando. ¿Qué consejo espera de mí? ¿Que le diga que se vaya a su hermoso apartamento a limarse las uñas, o que vaya a ver qué planos son los que nos ofrece Wilhelm von Steinheil?

—Frank —dijo Brigitte—, a ver si puedes cambiar los pasajes para el próximo avión, o, en todo caso…

—Aquí están los pasajes —los mostró Pitzer, sonriendo—. Y ese aparato despega dentro de quince minutos.

Brigitte se puso en pie y tomó los billetes que le tendía el cerebro distribuidor de todos los agentes del Grupo de Acción en el Sector New York de la C. I. A.

—Estaba usted seguro de que iba a seguir hacia Miami, ¿verdad?

—De lo que estoy seguro es de que usted nunca me ha traicionado.

—¡Traicionado! —Exclamó Brigitte—. ¿No le parece que ésta es una palabra muy fuerte?

—Bueno, he querido decir… defraudado.

—Eso está mejor. ¿Qué pasó, en definitiva con aquellos dos hombres?

—El que iba al volante salvará la vida, pero de momento tiene conmoción cerebral y un montón de cosas más; fue un choque fuerte. El otro está muerto. Su amigo Minello no sabe disparar a herir.

Frank Minello se acercó a Pitzer y le colocó bien el nudo de la corbata, mirándolo con malicia.

—Me gustaría saber —dijo— qué es lo que hará usted, con toda su sangre fría, el día en que vea a un tipo a punto de matar a Brigitte.

* * *

Brigitte se ajustó el cinturón de seguridad, siguiendo las indicaciones dadas por el altavoz del avión. A su lado Frank Minello estaba haciendo lo mismo, tras meter el cigarrillo en el cenicero. El letrero luminoso de «*No Smoking*» acompañaba la aseveración de que iban a tomar tierra, en el Miami International Airport.

—¿Lo has entendido todo, Frankie?

—Sí, amor.

—Si me fallas jamás volveré a mirarte a tu cara de bruto simpático.

—Amor de mi vida —sonrió Frank—: si te fallo no podrás volver a mirar la cara de nadie. ¡Pum, pum!, estarás muy muerta. ¿No lo

has pensado?

—Lo he pensado, lo entiendo…, y confío en ti.

—Yo no confío en ti. El jefe tenía razón: estás un poco loca.

—¿Por qué opinas eso? —Sonrió Brigitte.

—Han querido matarte en Nueva York, ¿no es cierto?

—No exageres… Su intención era raptarme solamente.

—Oh, claro, claro… Seguro que aquel tipo te disparaba con chicles en lugar de con balas de plomo. Mira, tú me dices lo que tengo que hacer, y yo voy a hacerlo. Okay. Pero creo que debería llegar al hotel contigo, guardándote la espalda y enseñando a todos mi pistola.

—¿Crees que se asustarían al verte?

—No lo sé. Pero sí sé que no te llegaría ninguna bala por la espalda.

—Eres muy considerado, Frank. Pero olvídalo. Estamos ya en Miami, apenas está anocheciendo, el clima es maravilloso, las estrellas se verán muy grandes esta noche…, y todo lo que tenemos que hacer es ver a un hombre llamado Wilhelm von Steinheil.

Minutos después Brigitte Montfort, espía internacional, iba en un taxi, por Airport Expressway, hacia Miami Beach.

Ya en este lugar, después de haber pasado sobre el mar por Julia Tuttle Causeway cruzó los puentes sobre el Biscayne Waterway y el Indian Creek por Arthur Godfrey Road, hasta Collins Avenue, la cual siguió hacia abajo.

Finalmente el taxi se detenía delante del Atlantis Hotel, en el 2655 de Collins Avenue.

Un par de botones cargaron con el equipaje de la bellísima, y ella entró en el hotel como lo haría una reina en su palacio.

Pronto vería al barón Wilhelm von Steinheil, el tipo de los ojos claros, la cabeza cuadrada y todo eso. Y Brigitte se prometió que intentaría soportarlo por todos los medios.

Pero por si acaso, ahora, su pistolita fue envidiablemente alojada entre sus preciosos senos turgentes.

3. PRIMERO CÓCTEL, DESPUÉS CHAMPÁN SOLO / EL INVENTO LLAMADO KAMIKAZE / AUNQUE VAYAMOS AL INFIERNO, GUAPA…

El conserje estaba poco menos que turulato ante la nueva huésped del Atlantis Hotel; el hombre habría ido a buscar la Luna si Brigitte la hubiese pedido. Pero Brigitte era más fácil de conformar: sólo había pedido la mejor *suite* del hotel, con vistas al mar y absolutamente todos los elementos de confort que hubiese en el hotel.

Todo ello le fue concedido al instante. La belleza no admite trabas de ninguna clase.

—Y ahora —sonrió hechiceramente al pobre hombre—, mientras llevan mi equipaje a la *suite*, quisiera que avisaran al barón Wilhelm von Steinheil de mi llegada.

—Inmediatamente, señorita Montfort. Enviaré un botones al bar para…

—No necesito nada del bar. Sólo quiero ver al barón von Steinheil.

—Oh, sí, sí, por supuesto. Es que… él… está ahora en el bar del hotel, señorita Montfort.

—Ah… En ese caso no se molesten. Buscaré yo misma a ese caballero.

Dio la vuelta y se dirigió hacia el bar, que formaba casi una sola pieza con el lujoso vestíbulo del Atlantis. No había allí ni un solo ladrillo de más: todo era cristal, acero y cemento. Plantas verdes, palmeras enanas, un pequeño estanque con surtidor y peces de colores en el centro del vestíbulo, tres televisores perfectamente distribuidos en el *living-hall*… El bar era amplio, fresco, con un gran

ventanal que daba a una amplísima terraza en la cual había mesas de cristal y parasoles. Al fondo todavía podía verse el mar, de un tono azul sombrío debido a la oscuridad de la inminente noche. Apenas se oía un leve rumor de voces y de risas contenidas… Educación y dinero, lujo y discreción. Buen ambiente.

El bar estaba bastante concurrido, y Brigitte pensó que sería mucho más fácil que von Steinheil la viera a ella y la identificara a que ella se dedicase a ir preguntando de mesa en mesa a los caballeros de tripa abultada.

Se fue hacia el mostrador del bar y sonrió cuando al camarero casi se le escapa la coctelera de las manos al volverse y verla de sopetón. Milagros de belleza como el suyo no los veía el muchacho todos los días…, ni todos los años.

—Cóctel —sonrió Brigitte.

—Un… un có… cóctel… Enseguida, señorita…

—De champán francés.

—Oh, sí, claro… ¡Claro!

—Clarísimo —rió Brigitte—. Con tres gotitas de limón.

—Claro, con limón… Con limón… ¡¿Con limón?!

—Con limón —volvió a reír ella.

Y se colocó un cigarrillo entre los labios. Dejó el paquete a su lado sobre el mostrador y miró al consternado camarero, que se apresuró a preparar el pedido.

—No es frecuente lo del limón —dijo una voz junto a Brigitte—. Es usted muy sofisticada.

Era una voz profunda, bien timbrada, en impecable inglés. Al mismo tiempo, una mano grande, increíblemente varonil, fuerte, de dedos como barras de acero, aparecía en el campo visual de Brigitte, que no se había molestado en volverse, y tomaba el paquete de cigarrillos.

—¿Me permite? —pidió el hombre.

—Sírvase a su gusto.

—Gracias.

Las asombrosas manos desaparecieron con el cigarrillo. Luego Brigitte oyó el sonido de un encendedor, y una llamita apareció ante ella. Encendió el cigarrillo, siempre displicente, sin mirar al conquistador de bellezas juveniles, y supo que él estaba haciendo lo mismo segundos después.

—¿Le parece bien mi opinión sobre usted? —preguntó luego el hombre.

Brigitte optó por volverse, adoptando una actitud distante, mayestática, replicando:

—La opinión que usted tenga…

El cigarrillo escapó de los dedos de Brigitte, sus ojos se agrandaron incrédulos, su boca se abrió evidenciando su asombro incontenible. Sin discusión alguna tenía ante ella al hombre más maravillosamente viril y atractivo que viera en su vida. Media más de metro ochenta, tenía los hombros de un coloso, el cuello bien musculado, la barbilla sólida como una pirámide, los ojos oscuros, los cabellos color tabaco con algunas pinceladas blancas en las sienes, y los dientes más blancos y sanos que pudiera tener ser humano. Olía a hombre y a limpio, a sol y a salud, a energía, a vitalidad… Llevaba unos pantalones blancos; zapatillas de *yachtman* del mismo color, camisa color café, de cuello abierto, y un pañuelo negro al cuello. Era la expresión palpitante de la energía que puede poseer un ser humano, la representación exacta de la masculinidad exactamente entendida.

—Santo Dios —susurró al fin Brigitte.

El hombre sonrió, y el taburete en el que se sentaba Brigitte pareció emprender una danza, las luces cambiaron de color, el resto del mundo se oscureció repentinamente.

El sorprendente conquistador sacó otro cigarrillo del paquete, lo encendió, y lo colocó cuidadosamente entre los dedos de Brigitte.

—¿Le importa que pida lo mismo para mí? —inquirió.

—Oh, no…

—Bien. ¿Le molesta conversar?

—Pues… Bueno, según con quién.

—¿Qué le parece conmigo? —Sonrió de nuevo el desconocido—. ¿Le molestaría?

—¡Cielos, no!

El hombre hizo una seña al camarero, que entendió y se aplicó en la preparación de dos cócteles, siempre sin perder de vista a Brigitte fascinado.

—¿Está sola en el hotel? —se interesó el desconocido.

—Sí, estoy sola.

—¿Y también en Miami?

—Sí, en efecto.
—Lo celebro.
Ella lo miró atentamente, pero no encontró indicio alguno que le hiciera suponer que el desconocido estaba tendiendo un cerco… amoroso. El camarero puso los dos servicios ante ellos, y ambos bebieron un sorbito de su respectiva copa, sin dejar de mirarse.
—Aunque a decir verdad no estoy sola en Miami… Ni siquiera en este hotel. Tengo una cita aquí.
—Lamentable.
—Sí, me temo que lo será. Se trata de un hombre más bien gordo, bajo, de cabeza cuadrada y ojos claros. Tal vez usted lo haya visto por aquí.
—Lo siento, pero no, no he visto a nadie de esas señas Y francamente, me alegro. Pero quizás haya oído el nombre de esa persona pronunciado por algún botones de hotel.
—Se llama Steinheil… Wilhelm von Steinheil. Es alemán.
El hombre bebió otro sorbo de combinado, y dijo:
—Ah, entonces me busca usted a mí.
Von Steinheil tuvo que coger al vuelo la copa de Brigitte, la dejó sobre el mostrador, y se quedó mirando irónicamente a la muchacha, que tardó unos segundos en poder reaccionar.
—Oh, no —gimió.
—Lamento haberla defraudado respecto a mi personalidad física, señorita Montfort.
—Santo Dios… ¿Usted es… es…?
—El hombre más bien gordo, bajo, de cabeza cuadrada y ojos claros —casi rió von Steinheil.
—Perdone… Discúlpeme, pero… ¡Oh creo que soy una tonta! Le creí un tipo poco menos que repugnante, y…, y creo que es usted el hombre más atractivo del mundo, *Herr* von Steinheil.
—Modestamente debo admitir que no soy un… tipo corriente. Soy varonil, guapo a la vez, inteligente… Lo que digo no es presunción. Está a la vista, ¿no?
—¡Así es! —Rió Brigitte—. ¡Me alegro mucho de conocerlo, de veras!
—Por mi parte le aseguro que hace tiempo que tenía deseos de tratar personalmente con usted. Y me ha parecido conveniente aprovechar ciertas circunstancias para hacerlo. Me temo que le

daremos un tremendo disgusto al camarero si nos alejamos, pero nosotros estaremos mejor en la mesita que tengo en aquel rincón. ¿Le parece bien?

—Desde luego.

Von Steinheil hizo una seña al camarero, indicando su mesa y los servicios, y tomó suavemente de un brazo a Brigitte, llevándola hacia la mesa, situada en un rincón, casi oculta por un par de palmeras enanas. El alemán apartó la silla del rincón más oculto, y la ofreció a Brigitte. Él se sentó muy cerca de ella.

Estuvieron silenciosos mientras el muchacho del bar dejaba los dos cócteles y el paquete de cigarrillos sobre la mesita.

—*Herr* von Steinheil: ¿cuántos años tiene usted?

—Cincuenta y tres.

—¡No!

—¿No? ¿Por qué no?

—Cuarenta… ¡Usted tiene cuarenta! ¡Ni uno más!

Von Steinheil suspiró, sonriente.

—Ojalá —se lamentó—… Pero los cuarenta años de este pobre hombre quedaron ya muy atrás… Naturalmente recibió usted mi carta.

—Naturalmente. Y usted la mía, supongo.

El alemán la miró astutamente, más bien burlón.

—¿Quiere decir su telegrama? —indagó.

—Es cierto, sólo le envié un telegrama, conforme a lo que usted me pedía. ¿No lo recibió?

—Lo recibí.

—Se me ocurre que un hombre cortés habría ido a esperarme al aeropuerto.

—Estuve en el aeropuerto…, pero en el vuelo 701 no llegó ninguna señorita Montfort. Al menos yo no la vi. Y no me diga que llegó disfrazada. Para mí un disfraz es lo mismo que si un águila se disfraza de vaca…, y se echa a volar de pronto.

—¿Quiere decir que me habría reconocido?

—Con absoluta seguridad. ¿Por qué no llegó en el vuelo anunciado?

—Dos hombres quisieron matarme en Laguardia.

Wilhelm von Steinheil parpadeó. Eso fue todo. Sus oscuros ojos parecían pretender llegar a lo más profundo de los pensamientos de

la muchacha.

—¿Sabe quiénes eran?

—No. No pude saberlo. Pero ellos sí sabían quién era yo y que venía a Miami después de haber recibido una carta.

—¿Está desconfiando de mí?

El azul de los ojos de Brigitte pareció aclararse.

—No.

—Entonces todo irá bien. Haremos…

—*Herr* von Steinheil: ¿para quién trabaja usted?

—Para mí mismo… Y para mis amigos, si merece la pena.

—Me temo que no le entiendo. Usted es un espía, ¿no es así?

—No exactamente.

—Pero en su carta decía…

—Señorita Montfort: yo sólo hablaba de los que vivíamos como nosotros. Quizá debí haberle escrito en pasado.

—¿Fue usted un espía…, pero ya no lo es?

—Exactamente.

—¿Para quién trabajó?

—Para la *Abwher*, naturalmente. ¿Sabe lo que es?

—Oh, vamos… Por supuesto: fue el servicio secreto militar alemán durante la Segunda Guerra Mundial… De modo que usted perteneció a la legendaria *Abwher*.

—Aunque no nazi, fui, soy y seré alemán. Barón comandante, adscrito a la *Abwher* durante la Segunda Gran Guerra, con servicios especiales en el Norte de África y posteriormente en toda Europa. Mis enemigos me conocían por el nombre de *Alexandria*.

Brigitte quedó estupefacta unos segundos antes de poder exclamar:

—¡¿Usted es el fabuloso Alexandria?!

—¿Fabuloso? Bien, no sé qué contestarle a eso… ¿Oyó hablar de mí?

—¡Naturalmente!

—¿A quién?

—A un agente de M. I. 5.

—¿De mi edad? —Brillaron los ojos del espía alemán.

—No. Debe de tener unos treinta años. Digamos que es un espía… actual. Me ha hablado en un par de ocasiones de un tal Alexandria, espía alemán que dominaba todo el Norte de África.

¡No puedo creer que ahora tenga a ese hombre ante mí! Y sin embargo…

—¿Sin embargo…?

—Yo… Bueno, creo que todo lo que he oído de usted debe de ser cierto. Basta verlo ahora para comprender que hace veinte años no podía haber nadie que le venciera.

Von Steinheil sonrió, y acarició suavemente una mano de Brigitte, quien se sintió de pronto feliz… y un poco tonta.

—Es usted maravillosamente amable, señorita Montfort. Pero hubo un hombre que me ocasionó no pocos disgustos. Su nombre no viene ahora al caso, pero sí puedo decirle que pertenecía al M. I. 5.

Supongo que ha sido él quien ha mantenido viva la memoria del espía llamado Alexandria en el servicio secreto británico. Sí ha sido él, sin duda. —Por un instante la expresión de Alexandria fue nostálgica, casi dulce—… Jamás tuve enemigo más inteligente y caballeroso.

—¿Murió?

—¡No! Por Dios, no… Él vive todavía, en Londres.

—¿Tiene contactos con él?

—De vez en cuando.

—¿No se odian?

—Todo lo más que hacemos —sonrió el alemán— es procurar disimular la mutua simpatía y admiración que siempre hemos sentido el uno por el otro. Pero nos resulta difícil.

—Usted… usted habla de ese hombre como si le quisiera.

—No sé si va a creerlo, pero es cierto: Mike y yo, a nuestra manera, nos queremos.

—Mike… ¿qué más?

—Solamente Mike —sonrió Alexandria—. Pero… estamos hablando de otros tiempos y de otros personajes. ¿De veras confía en mí?

—Por ahora, sí. Es imposible sentir hacia usted otra cosa que confianza, al verlo, al oírlo… En el fondo creo… creo… que usted y yo…

—¿Somos iguales? —sugirió sonriente von Steinheil.

Brigitte casi se asustó ante el poder de penetración de aquel hombre.

—¿Usted se ha dado cuenta de que pensaba eso? —murmuró.

—Ya ve que sí. Y estoy de acuerdo con usted. Si estuviésemos en guerra yo le habría cortado ya el cuello con mi gumía —hubo como un relámpago en los ojos del alemán—, por ser espía norteamericana. O tal vez llegaríamos a ser… enemigos cordiales, como ocurrió con Mike. En cualquier caso, y ciñéndonos de nuevo a la realidad actual, lo cierto es que oficialmente estamos en paz. Alemania perdió la guerra, y los vencedores…, o algunos de ellos, ayudaron luego a Alemania. Eso es algo que yo jamás podré olvidar. El «milagro alemán» no lo habría sido tanto sin la ayuda de los Estados Unidos.

—Entiendo —musitó Brigitte—… Le entiendo, *Herr* von St…

—¿Quiere hacerme un favor?

—Sí, por supuesto.

—Llámeme Alexandria. Solamente Alexandria.

—¿No teme viejas represalias? A fin de cuentas fue usted un espía alemán.

—Que hizo mucho daño a los aliados —sonrió de nuevo nostálgico von Steinheil—. Sí, es posible que alguien disfrutase ahora poniéndome en aprietos. Pero ya nadie me conoce por Alexandria. Y menos en la propia Norteamérica.

—Le conozco yo —murmuró Brigitte.

—No sea niña. ¿Pretende asustarme? Usted no hará absolutamente nada contra mí. Primero por agradecimiento a que yo no la haya señalado a otros servicios de espionaje y contraespionaje vigentes en la actualidad, cobrando posibles recompensas por ello. Segundo, porque usted ha venido aquí a hacer un trato conmigo, y una vez finalizado me olvidará, jamás dirá a nadie que ha sido Alexandria el hombre que ha estado con usted.

—¿Está seguro de todo eso?

—Hemos convenido en que somos iguales, ¿no?

—Es cierto… Estoy convencida de que usted es hombre capaz de hacer amistad con sus propios enemigos…, si éstos merecen serlo.

—Añadamos a eso que usted y yo no somos enemigos, señorita Montfort.

—Brigitte nada más… De acuerdo, haremos un trato, y los dos nos olvidaremos de que nos hemos conocido. Ni usted recordará a

Brigitte Montfort ni yo recordaré el Barón comandante Wilhelm von Steinheil, alias Alexandria, espía alemán retirado. ¿Okay?

Brigitte tendió la mano, sonriendo. En aquel momento entraba Frank Minello en el hotel, con su maleta y aire despistado. Apenas si cruzaron una mirada indiferente, y eso fue todo. Enseguida, al dirigirse hacia el mostrador de conserjería, Minello desapareció de la vista de Brigitte, mientras ésta se estremecía al notar los labios de Alexandria en su mano, en lugar del apretón que había esperado.

—Okay —sonrió luego el alemán—. ¿Me aceptaría otro cóctel?

—Tomaré champán solo ahora.

Von Steinheil asintió, hizo nuevas señas al camarero, efectuó luego el pedido, y se volvió hacia Brigitte, que le preguntó de sopetón:

—¿Cuándo y en qué circunstancias conoció a mi madre?

—Fue en París… Ella jamás me vio a mí. Himmler me llamó a París, y tuve que abandonar Alejandría. Está claro —su rostro se endureció— que la *Abwher* no tiene nada que ver con la Gestapo, pero yo no podía negarme a acudir a su llamada. Así pues, fui a París, y Himmler me dijo que tenía que vigilar de modo muy especial a una mujer también muy especial, tan especial que por eso había recurrido a mí, aun contando con la desventaja de tener que operar en París, zona bien diferente a África, donde yo me desenvolvía habitualmente… La mujer se llamaba Giselle Montfort, residía en la Rue du Bac, y era sospechosa de complicidad con el maquis francés. En fin, una espía. Como era mi trabajo, acepté, si bien no precisamente satisfecho. A los pocos días sabía que Giselle recibía en su casa a muchos alemanes, especialmente oficiales, y a mujeres que llegaban para divertirlos, ya me comprende. Vi acudir a la Rue du Bac incluso a Stupanaggel… Comprendí muy pronto lo que ocurría en aquella casa, y que su madre tenía todas las características de la espía que pasa por encima de todo. Y la admiré. La admiré tanto más cuanto desprecié a los hombres, especialmente de la Gestapo, que visitaban aquella casa, con su poder de guerreros ocupantes, su arrogancia, su incesante avasallarlo todo. Y me convencí de que su madre era una espía… y una mujer admirable a su manera.

—¿Qué hizo entonces?

—Fui a ver a Himmler.

—¿Delató a mi madre?

—No dije nada sobre ella. Nada. Ni una palabra.

—Pero… ¿qué fue a decirle a Himmler, entonces?

—Sólo le dije que quería regresar en aquel mismo instante a Alejandría.

—¡Por Dios! ¿Qué hizo él?

—Me dijo que estaba bien, que podía marcharme.

Brigitte miraba incrédulamente al alemán.

—¿Y eso fue todo?

—Desde luego.

—¿No le censuró, o le pidió explicaciones, o…?

—Él sabía que estaba hablando con Alexandria.

—Entiendo —se admiró Brigitte—. ¿Qué más supo de mi madre?

—Nada más. Aquello no era para mí. Sin embargo, más adelante me enteré de que había sido fusilada en el patio de la prisión de Cherche Midi. Lo lamenté, en cierto modo…, pero era lo que ella se había estado buscando, francamente.

—Es cierto —admitió Brigitte—. Pero usted es un hombre… implacable, Alexandria.

—Sólo trato de hacerle entender que cuando uno no sabe nadar y se tira al agua no debe protestar luego cuando se está ahogando.

—Sí… Eso es lo sensato. Dígame: ¿cómo ha dado conmigo, cómo me conoce si actualmente no se dedica al espionaje?

—No me dedico al espionaje de un modo… digamos oficial. Pero un hombre como yo se aburre en su riqueza, Brigitte. Lo que voy a decirle es confidencial: me dedico a gastar mis millones recorriendo Europa, localizando agentes de todos los bandos, contemplando sus luchas sordas, sus trucos actuales…

—¿Y qué le parecemos? —Sonrió Brigitte.

—Lo hacen bien. Sobre todo usted.

—Gracias. Es usted de verdad asombroso… ¿Qué es lo que quiere venderme?

—En mi carta no hablo de vender, sino de «ceder».

—¿Quiere decir que está dispuesto a regalar a Estados Unidos unos planos que se supone deben de ser importantes?

—No lo haría si pudiesen serle útiles a Alemania, pero como eso no es factible hoy día, los cederé a Estados Unidos. Aunque… no depende enteramente de mí.

—¿De quién depende?

—De un amigo. Un amigo alemán que se quedó en Alemania Oriental. Su nombre es Otto Gürtner.

—¿Y él tiene los planos allí?

—No me ha entendido. He querido decir que Otto se quedó en la Alemania Oriental cuando se trazó la nueva… frontera. Yo tenía todo lo mío en Alemania Occidental, y en otros lugares y con otros sistemas a salvo de sobresaltos, pero jamás olvido ni abandono a los amigos. Otto Gürtner me hizo llegar una carta en la que me pedía que le ayudase a escapar de allí.

—¿Sabía él que usted…?

—Somos viejos amigos. Él siempre ha sabido que yo fui… y soy Alexandria. Confiaba en mi astucia, en mi habilidad… y en mi amistad.

—Pero él está en la otra Alemania.

—Estaba. Ahora está aquí.

—¿Aquí? ¿En Estados Unidos? ¿Quiere decir que usted le ayudó a cruzar la frontera, a escapar?

—Fue fácil para mí —sonrió von Steinheil—. Lo cierto es que ahora Otto está aquí, en este hotel.

—¿De veras? —exclamó Brigitte.

—*Suite* 828. La mía, por si le interesa, es la 817; está ubicada delante de la de Otto.

—¿Quién tiene los planos?

—Otto, naturalmente. Son de él. Él lo ha inventado y dibujado todo. Es único y exclusivo propietario.

—¿De qué son esos planos?

—De un ingenio espacial.

—Oh, vamos —se vio claramente la decepción de Brigitte.

Alexandria sonrió suavemente.

—Otto estuvo moviéndose por Alemania Oriental, llegó hasta Rusia… Lleva muchos años allí. Es decir: llevaba. Y estaba dedicado últimamente a la construcción de un ingenio espacial.

—Y ahora me dirá usted que Otto asegura que se puede llegar sin problemas a la Luna. (*Tengamos en cuenta que la acción de esta aventura de Brigitte transcurre en época algo anterior a la llegada del primer hombre a la Luna*).

—Todo lo contrario.

Brigitte miró sorprendida al alemán.

—¿No cree usted que el ser humano llegue un día a la Luna?

—Claro que sí.

—Ah… Me había sorprendido mucho. Creí que era uno de esos cerebros petrificados que no admiten… «milagros». ¡Pero si la Luna la tenemos ya al alcance de la mano! ¿No está de acuerdo?

—En efecto.

—¿Y su amigo Otto dice que no? ¿Un inventor dice que no? Pues me gustaría saber qué ha inventado Otto Gürtner.

—El invento de Otto consiste en un ingenio espacial capaz de describir tantas órbitas como el más moderno satélite artificial. Pero con una particularidad: su ingenio espacial, al que ha puesto el nombre de *Kamikaze*, es capaz de localizar en el espacio a cualquier otro satélite determinado, haya sido lanzado anterior o posteriormente, seguirlo…, y atacarlo.

—¿Qué? —Pareció no haber oído bien Brigitte.

—Atacarlo, destruirlo, derribarlo, desintegrarlo… Llámelo como quiera. El Kamikaze de Otto será capaz de alcanzar a cualquier satélite artificial lanzado por Estados Unidos, Rusia, o cualquier otro país.

—Pero eso… ¡sería terrible! Y me pregunto si es posible.

Alexandria encogió los hombros.

—Los detalles técnicos corren a cuenta de Otto. Él me pidió ayuda para llegar hasta aquí y yo se la he dado. Por lo demás, le aseguro que si Otto dice eso de su ingenio hemos de creerle.

—Pero eso significa… significa que si algún día… Oh, vamos, lo que usted dice significa que puede ser… derribada cualquier cápsula espacial… a quinientas millas de altura.

—Aunque en esa cápsula viajen dos o más hombres.

La impresión de Brigitte fue evidente. En aquel momento el camarero depositaba en la mesa el champán pedido, y la muchacha se apresuró a beber un sorbito, bajo la apacible y un tanto irónica mirada de Wilhelm von Steinheil.

—Alexandria, esto no es una broma, ¿verdad?

—No. Quiero hacerle ver que ese invento es secreto. Hasta el momento sólo usted, Otto y yo conocemos su existencia… O eso creemos, al menos. Lo que sí es seguro es que según en qué manos caiga puede ser un… arma asesina. Y desde luego, si no tiene

escrúpulos, el poseedor de ese ingenio espacial puede ser el que domine el espacio, el que llegue a la Luna en primer lugar…, aunque sea a base de ir haciendo fracasar los intentos de otro u otros países desintegrando las cápsulas espaciales con o sin cosmonautas allá arriba. ¿Quién podría saber que la desintegración de una cápsula sería debido a ese ingenio al que Otto llama Kamikaze? ¡Hay tantas cosas allá arriba que todavía se desconocen…! Si, por ejemplo, los Estados Unidos empezasen a perder hombres y cápsulas espaciales ya en órbita, o camino de la Luna, o de Marte, es evidente que su programa espacial se retrasaría muchísimo. Eso suponiendo que finalmente no desistiesen, al ver cuántas vidas y miles de millones de dólares desaparecían en lo alto para siempre, sin volver a saber nada de ellos, sin tener ni idea de cómo y por qué han dejado de funcionar, de emitir sus señales o sus informes fotográficos o televisados, o de viva voz de uno de los astronautas… En cambio, el país que tuviese ese ingenio no lo utilizaría contra sí mismo, como es lógico. En pocos años ese país tendría hombres en la Luna y dominaría el espacio con sus satélites… Y seguramente sería el único país con esas prerrogativas. ¿Comprende?

Brigitte asintió con la cabeza, y bebió otro sorbo de champán. No acababa de creer aquello, pero estaba profundamente impresionada. ¡Y pensar que ella se había reído al hacer alusión a que von Steinheil quizá lo que quería era venderle planos de la V2 alemana…!

Aquello era más terrible, mucho más… Incluso parecía increíble…, hasta que Otto Gürtner demostrase lo contrario.

—Bien…, ¿de quién fue la idea de ceder ese… ingenio a los Estados Unidos?

—Mía. Fue la condición que impuse a Otto para ayudarlo a escapar de Europa.

—¿Y qué es exactamente lo que quiere que haga yo?

—Que ponga al corriente de esto a quien crea pertinente.

—Entiendo. Usted no se ha querido arriesgar a confiar en nadie. Me ha elegido a mí, y ahora sabe que las personas con las que yo le ponga en contacto serán, realmente, las que le interesan: no habrá traiciones ni engaños.

—Exactamente.

—¿Cuánto piden por ese ingenio llamado Kamikaze?

—Nada.

Brigitte quedó boquiabierta.

—¿Nada? —Casi tartamudeó enseguida—. ¡No puedo creerlo!

Alexandria estuvo unos segundos mirando fijamente a la muchacha. Por fin hizo intención de ponerse en pie, diciendo:

—Lamento haberle hecho perder el tiempo, señorita Montfort.

—Espere —ella le retuvo de una mano—… Espere, por favor. No me ha entendido bien. Yo… Bueno, le ruego que me disculpe.

El alemán ocupó de nuevo la silla.

Fue a decir algo, pero en aquel momento el camarero reclamó su atención.

—¿Señor van Steinheil?

—Sí. ¿Qué ocurre?

—Un caballero pregunta por usted en el vestíbulo, señor.

—¿Ha dicho su nombre?

—No señor.

—Bien… Voy ahora mismo. —El camarero se alejó, y Alexandria miró a Brigitte—. ¿Me disculpa un minuto?

—Tenga cuidado —murmuró ella—: así empezó lo mío en Laguardia con aquellos dos hombres que quisieron matarme.

Von Steinheil frunció el ceño, como divertido.

—¿De veras? Bien, pero ocurre una cosa: cuando alguien me conoce y me localiza a mí no descanso hasta conocerlo y tenerlo a mi vez localizado a él. Siempre resulta cuando menos conveniente. No se mueva de aquí. A mi regreso iremos a ver a Otto. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Alexandria abandonó el bar, y Brigitte cogió una servilleta y escribió en ella, con un diminuto bolígrafo de tinta roja: ‹Él es von Steinheil. Hay otro, llamado Otto Gürtner, en la *suite* 828; ocúpate de él como si fueses su sombra. Von Steinheil déjamelo a mí›.

Miró hacia el mostrador del bar, donde Frank Minello ingería apaciblemente un refresco, y, sabiéndose mirada por él, puso la servilleta, cuidadosamente doblada, bajo el mantel.

Luego salió del bar, buscando a von Steinheil con la mirada.

No estaba por allí, así que salió a la calle.

Allí sí estaba.

Detrás de él tenía un hombre, con la mano derecha metida en el bolsillo de ese lado de la chaqueta, y que parecía impaciente porque Alexandria acabase de entrar en el coche que aguardaba. Alexandria entró, el hombre lo hizo tras él, y el coche partió Collins Avenue arriba.

Brigitte llamó un taxi, se metió dentro, y señaló el otro coche.

—Cien dólares si llega adónde llegue ese coche, amigo.

—¡Aunque vayamos al infierno, guapa!

4. EL PASEO DE ALEXANDRIA / LA RUBIA DE LOS OJOS AZULES / LA DESAPARICIÓN DE OTTO GÜRTNER

Frank Minello terminó tranquilamente su refresco y luego se dirigió como quien no quiere la cosa hacia la mesa que habían ocupado Brigitte y von Steinheil. Echó un vistazo alrededor, pero todo lo que vio fue una imponente rubia de ojos grandes y muy azules que se dirigía hacia la salida del bar. Por lo demás, nadie parecía prestar atención especial a nada, y menos a él.

La rubia llevaba un gran bolso de paja trenzada y una faldita tan corta que dejaba ver sus rodillas.

Caminaba graciosamente, con aire juvenil y simpático. Minello esperó a que saliese del bar, no fuese que se le ocurriera mirar hacia él. Luego, con rapidez, se apoderó de la servilleta en la que Brigitte había escrito sus instrucciones. Fue a un rincón, leyó la corta misiva, y quemó la pequeña servilleta de papel.

Salió del bar y se dirigió hacia uno de los ascensores.

La rubia estaba allí.

Frank la miró con simpático descaro y le guiñó un ojo, siendo correspondido con una leve sonrisita antes de que ella volviera la cabeza hacia otro lado.

Justo entonces llegaba el ascensor. Se abrió la puerta, y los dos entraron.

—Octavo —dijo la rubia, sin mirar al ascensorista.

—Séptimo —indicó Minello.

Era mentira. Lo cierto era que él también iba al octavo piso, pero sabía que siempre todas las precauciones son pocas. Durante la subida dirigió un par más de guiños a la rubia, pero ella ni siquiera volvió a sonreírle por cortesía.

En el séptimo piso Frank Minello salió del ascensor… y echó a

correr escaleras arriba. Llegó al piso siguiente a tiempo de ver a la rubia caminando por el pasillo.

Okay. Esperaría a que la guapa chica entrase en su *suite* y entonces él se dedicaría a vigilar la 828, correspondiente al tal Otto Gürtner. Y si ella le veía en el pasillo todo lo que podría pensar era que la estaba siguiendo con intenciones… personales. De todos modos ¿qué podía importarle a la bella rubita lo que él hiciese allí, en el octavo piso?

Asomó la cabeza por la esquina del pasillo al oír abrirse una puerta. Tuvo el tiempo justo de ver entrar a la rubia en una de las *suites*. Muy bien, era el momento de buscar la puerta 828 y no perderla de vista ni un segundo…

Y segundos después Frank Minello se quedaba mirando sorprendido la puerta 828: ni más ni menos aquélla por la que había entrado la rubia.

Sí señor: el tal Otto Gürtner era un picarón que sabía escoger su compañía.

Un poco decepcionado Minello se dirigió nuevamente hacia la esquina del pasillo, y se apostó allí a la espera. Muy bien, allí dentro podía pasar lo que fuese, pero él no iba a perder de vista la puerta. Estaría allí el tiempo que fuese necesario, esperando la llegada de Brigitte para que le diese más instrucciones…

¿Adónde habrían ido von Steinheil y Brigitte?

¿Qué debían de estar tramando entre los dos?

* * *

El coche se detuvo en Miami Shores, delante de una pequeña casita con jardín, en el número 280 de Bayshore Drive.

Alexandria miró al hombre que iba en el asiento de atrás a su lado. El sujeto movió hacia la portezuela la pistola que empuñaba con firmeza.

—Baje.

El alemán se apeó, silencioso, mirando a todos lados. El que había conducido el coche estaba ya en tierra, apuntándole con su pistola. No se acercaba a él. Tampoco el otro lo hizo: salió del coche por la otra portezuela, rodeó el vehículo, y apareció por detrás de Alexandria, siempre vigilante, siempre preparada su pistola.

Evidentemente sabían muy bien con quién se las estaban viendo.

—¿Y ahora? —preguntó Alexandria.

—Camine hacia la casa. Ralph, ve tú delante, y no te descuides. Abre la puerta y enciende la luz.

—No te lo tomes tan en serio, Orville —sonrió secamente el otro —… Es sólo un tipo más, ¿no?

—Haz lo que te digo.

Ralph Plasman obedeció a su compañero Orville Wallen. Fue hacia la puerta de la casa, la abrió, entró, y encendió la luz. Orville Wallen y Alexandria caminaban ya hacia allí, el primero cubriendo la espalda del segundo y a no menos de seis pasos del alemán.

Entraron los dos. Plasman cerró la puerta, mientras Wallen señalaba a Alexandria el interior de la casita, concretamente el sofá del saloncito. El alemán fue allá y se sentó.

—¿Puedo fumar? —pidió.

—Fume. Pero no intente ninguna tontería.

—Nunca intento tonterías.

Y von Steinheil encendió un cigarrillo con mano absolutamente firme. No se había alterado lo más mínimo en ningún momento. Ni siquiera cuando al acudir a la llamada Wallen apareció metiéndole la pistola en los riñones y ordenándole que caminase hacia el coche. Iba mirando alternativamente a los dos hombres, como congelados los oscuros ojos. En ningún momento había hecho comentario o pregunta alguna, ni se había irritado, ni sorprendido. Simplemente había aceptado los hechos con toda naturalidad. Y seguramente esto era lo que no tenía muy seguros de sí mismos a Plasman y Wallen.

Éste miró su reloj y dijo:

—Voy a llamar ya.

—Bien. Yo lo vigilo.

Wallen descolgó el teléfono y Plasman se sentó en un sillón, siempre lista la pistola, mirando con curiosidad al imperturbable alemán, que fumaba como si todo estuviese correcto, todo normal.

—¿Sabe una cosa, amigo? —Sonrió Plasman—. Jamás tropecé con un tipo tan tranquilo como usted. ¿No se pregunta qué es lo que va a ocurrirle?

Alexandria lo miró. Eso fue todo. Plasman tuvo la desagradable sensación de ser poco más que un gusano miserable.

—Su actitud fanfarrona no le va a beneficiar. Conocí a uno…

—Cierra la boca, Ralph —gruñó Wallen.

—Está bien.

Wallen había marcado ya el número, y estaba a la espera. Se animó de pronto.

—¿Margo? —inquirió.

—… .

—Todo bien. Lo tenemos aquí.

—… .

—Nada. Es el tipo más soportable que he conocido.

—… .

—De acuerdo, de acuerdo: no le perdemos de vista ni un segundo. ¿Todo bien por ahí?

—… .

—De acuerdo. Hasta luego.

Wallen dejó el auricular sobre la mesa y movió la palanquita del *speakerphone*, dejándola en posición de abierto. Luego fue hacia el otro sillón, se sentó en él, encendió un cigarrillo, y se quedó mirando a Alexandria.

—¿Se da cuenta de la situación, von Steinheil? —preguntó.

—No exactamente.

—¿No siente curiosidad por conocerla?

—Por supuesto. Estoy esperando que ustedes me la expliquen…, si es que quieren. Si no quieren hacerlo… ¿por qué molestarme en preguntarles nada?

—Es usted realmente cómodo de raptar, Steinheil. Y de mantener prisionero. ¿Está seguro de que es Wilhelm von Steinheil?

—Completamente seguro.

—Está bien. —Wallen encogió los hombros—. Usted sabrá qué clase de tipo es. Por mi parte todo lo que tengo que hacer es retenerlo hasta que terminemos favorablemente el asunto.

—¿Qué asunto?

—Sí, creo que debería explicárselo, Steinheil…

—VON Steinheil —corrigió Alexandria.

—¿Qué más da? Es más fácil decir tan sólo Steinheil, ¿no le parece? Bien, vamos al asunto: usted ha llegado a Miami procedente de… Europa; digámoslo de este modo genérico. Con usted ha llegado Otto Gürtner, un alemán que ha escapado de la zona soviética… ¿Correcto?

—Sí.

—Otto Gürtner no tenía por qué escapar de allá. Sin embargo, lo hizo. El hecho en sí no nos habría molestado demasiado…

—¿«Nos»? ¿Es usted de allá, de la Alemania Oriental?

Orville Wallen sonrió levemente.

—No precisamente de allá. Aquí puede usted llamarme Orville Wallen. A mi compañero, Ralph Plasman. Pero compréndalo: Ésos no son nuestros verdaderos nombres.

—Ya. Seguramente se llaman Ivan y Boris, o algo parecido.

—Muy agudo, Steinheil… Es posible. Es posible que sí y es posible que no. Pero volvamos a lo que interesa. Decía yo que el hecho en sí de que Otto Gürtner hubiese escapado de Alemania Oriental no tendría demasiada importancia si él fuese un hombre… corriente.

Alexandria alzó las cejas.

—¿No lo es? —Pareció sorprenderse.

—En modo alguno. Y usted lo sabe. Nosotros, allá, vigilamos a las personas cuya inteligencia destaca.

Lo hacemos de una manera… delicada. Su amigo Otto era una de esas personas. Sabíamos que estaba trabajando intensamente en algo que parecía muy importante; por lo menos para él. Empezamos a considerar sus trabajos, ya que quizá nos interesasen también a nosotros. Pero de la noche a la mañana Otto Gürtner desaparece. Sí… Eso es exactamente lo que ocurrió: desapareció. ¿Cómo se las arregló, Steinheil?

Alexandria sonrió socarronamente.

—Secreto profesional —contestó.

—Oh, entiendo —sonrió también Wallen—. Está bien, no vamos a insistir sobre eso. Decíamos que Otto Gürtner desapareció de allá. Se fugó, concretamente. Pero eso es algo que intentan muchos…, y que consiguen muy pocos. Generalmente, esas personas, por su escasa importancia, no se molestan demasiado en ocultar sus nombres. Son insignificantes, lo saben, y están convencidos de que nosotros no vamos a complicarnos demasiado la vida para llevarlos de nuevo a nuestra zona.

—¿La zona roja?

—Claro. Esas personas están en lo cierto. Rara vez merece la pena la represalia contra una persona insignificante, que ningún

provecho puede dar a otros y ningún perjuicio puede causarnos a nosotros. Basado en esto ustedes idearon el plan.

—¿Cuál plan?

—Otto Gürtner escapó de nuestra zona. Pero ni se le dio publicidad, ni se intentó ocultarlo por todos los medios. Se trataba de que nosotros creyéramos que era un hombre corriente cualquiera, y, siguiendo nuestra costumbre, lo dejáramos en paz. Luego Otto Gürtner y usted tomaron un avión, en Niza. ¿Estoy equivocado en algo?

—No. Y felicidades.

—Muy amable. Y vamos por fin a lo que interesa. Como le he dicho, sabemos que Gürtner no es una persona corriente, y que estaba trabajando en algo interesante. Creemos que decidió escapar cuando ya tenía ese algo acabado, completo. Sabemos que son unos planos. Pues bien: queremos esos planos.

—Pídanselos a Otto, no a mí.

—Una persona está ahora con Otto Gürtner, pidiéndole los planos —asintió con la cabeza Wallen—. Creemos que él los entregará, a cambio de la vida de usted, Steinheil. Son grandes amigos, ¿no es así?

—Eso creo.

—Entonces esperemos que Gürtner opte por entregar los planos a fin de salvarle la vida. Le aseguro que no estamos bromeando: si Otto Gürtner no entrega esos planos a la persona que se los está exigiendo lo mataremos a usted. Después de eso recapacitará al comprender que él puede seguir en la lista. Pero queremos evitar sangre en lo posible. ¿Está todo claro?

—Yo diría que sí. ¿Algo más?

—Nada más. ¿Cree que su amigo Otto entregará los planos?

—No lo sé.

—Bien… Pues sólo nos queda esperar, así que póngase cómodo.

Orville Wallen se puso en pie, fue hacia el teléfono, y colgó el auricular, distraído al parecer. Fue al bar del rincón y se sirvió un trago de *whisky*. Alzó el vaso y brindó:

—A su salud, Steinheil.

* * *

Otto Gürtner colgó lentamente el auricular. Era un hombre de cerca de sesenta años, delgado, pero de rostro sano, coloradote; su estatura era inferior a la de la linda rubia de ojos azules que tenía a su lado mirándole con expresión risueña.

La miró, y entonces ella mostró una definitiva sonrisa.

—¿Está bien así, *Herr* Gürtner?

Otto Gürtner encogió los hombros, preocupado.

—Le daré los planos —murmuró.

* * *

Frank Minello se escondió rápidamente cuando vio a la rubia salir de la *suite* de Otto Gürtner, caminando con elegancia elástica hacia el ascensor, con su lindo bolso de paja balanceándose graciosamente al compás de sus caderas.

Descendió rápidamente al piso séptimo para evitar que ella le viese al pasar, camino del ascensor. Y, ya en el piso séptimo, Frank Minello empezó a pensar por su cuenta.

De acuerdo: Brigitte le había dicho que se convirtiese en la sombra de Otto Gürtner. Pero éste se hallaba en sus habitaciones, y, de todos modos, siempre sabrían dónde localizarlo. En cambio, si la rubita se marchaba era posible que jamás la volviesen a ver. Y quizás ella era un personaje importante en aquel asunto…

Todo esto terminaba de pensarlo Minello mientras corría escaleras abajo.

Y cuando la rubia salía del ascensor él ya estaba junto a la puerta de la calle, mirándola. Ella miró a su alrededor, como sin dar importancia a nada, y se dirigió hacia la salida del hotel.

Frank Minello fue más rápido que ella, y, además, estaba ya en la calle prácticamente. Cruzó la acera y llamó uno de los taxis estacionados frente al hotel, se metió dentro, y, sin dar todavía indicación alguna al taxista, dedicó toda su atención a la puerta del hotel.

La rubita salió, y un hombre se acercó a ella, al parecer de modo casual. Pero Minello estuvo seguro de que habían cambiado algunas palabras. Lo que fuese, muy breve, porque el hombre entró en el hotel y la rubia bajó, a la acera, alejándose calle arriba.

—Siga a esa rubia —ordenó Minello.

—Vaya, hombre —sonrió el taxista de oreja a oreja.

La rubia no llegó muy lejos… a pie. En la esquina de Collins Avenue y la 27th Street se metió en un Ford convertible, lo puso en marcha, y siguió su camino con mucha más comodidad.

—Y ahora sigo al coche, claro —sonrió el taxista.

—Claro —guiñó un ojo Minello.

* * *

A las diez menos cuarto Minello regresaba al hotel y se dirigía directamente al bar.

Hubo suerte. Brigitte estaba allí, sentada en un taburete ante el mostrador. Minello fue a sentarse a su lado, y pidió:

—Algo que no haga daño.

Luego miró a Brigitte como por casualidad. Y se dio cuenta de que había hecho algo mal, por la rápida pero furibunda mirada que le dirigió la muchacha.

—¿Me permite invitarla, señorita? —ofreció sonriente.

—Estoy bebiendo ya, gracias.

—Tome otro. Seguramente no le hará daño.

—Tengo suficiente con éste.

—Yo pago —sonrió Minello—. ¿Está mejor así?

El camarero puso una copa de refresco ante Minello, mirándolo hoscamente. ¿Por qué tenía que haber tipos tan patanes y cargantes que molestasen a las preciosidades como aquélla?

—No está bien de ninguna manera, señor. No quiero beber más.

—¿Un cigarrillo? ¿Eh? ¿Un cigarrillo?

Brigitte aceptó, y el camarero se alejó, decepcionado. Todas eran iguales, a fin de cuentas.

—¿Dónde has estado, tío listo? —Mostró su enfado Brigitte.

—Siguiendo a una rubia. ¿Y tú?

—¡No es momento de bromas, Frank! ¿Dónde has estado?

—Te lo he dicho. De veras: siguiendo a una rubia. No está tan buena como tú, pero vaya…

—Frank…

—Cálmate, cálmate… Esa rubia estuvo visitando a Otto Gürtner. Por eso la seguí luego.

—¿Hasta dónde?

—Hasta un lugar llamado Palmetto Motel, en el veintidós de Palmetto Avenue, en Coconut Grove.

Ocupa la cabaña doce.

—¿Y su nombre?

—No lo sé… Me pareció que llamaría la atención si lo preguntaba en la conserjería, de modo que preferí venir aquí, por si habías vuelto contarte todo esto.

—Eres un inútil. Hay mil maneras de saber el nombre de esa rubia sin que…

—¿Por qué preocuparse tanto? —Protestó Minello—. El propio Otto Gürtner nos lo podrá decir… ¿No?

Frank miraba consternado a Brigitte, que había empezado a mover negativamente la cabeza y por fin dijo:

—No. Por la sencilla razón de que Otto Gürtner no está en el hotel.

—¡Lo dejé en su *suite*…!

—A veces pareces idiota… ¿Cuánto hace de eso?

—Oh, pues… Bueno, quizás algo más de media hora, claro… ¿Seguro que no está en el hotel?

—No. A menos que se esté escondiendo.

—Escucha, si no contesta a la puerta podemos entrar por nuestra cuenta y… ¿No?

—Ya he estado en su *suite* entrando por mi cuenta. No está allí, ni en el bar, como puedes comprobar si preguntas al camarero que siempre toma su nota de pedido; tampoco lo ha visto en la terraza, ni en la piscina…

—Pero no le conocemos… Quizá lo tenemos delante de nuestras narices.

—Es bajito, delgado, cabellos canos y rostro sonrosado. Tiene unos sesenta años.

—¡¿Cómo puedes saber todo eso?! —se admiró Minello.

—¡Porque yo sé preguntar cosas a la gente sin que nadie se moleste ni le dé importancia a mis preguntas!

—Brigitte, cálmate, cálmate, bonita…

—No sé para qué te he traído conmigo —refunfuñó ella.

—Porque me amas.

—Eres un patoso, Frankie.

—Pero me amas. ¿Qué hiciste tú? ¿Has sabido algo?

—Sí. Y estoy preocupada. Por eso quería ver a Otto Gürtner. No sé qué es lo que está ocurriendo. Quizá todo sea una trampa.

—¿Contra quién?

—Contra mí. O contra Al…, contra von Steinheil, o contra Gürtner. ¡Si pudiese hablar con Gürtner!

—¿Qué es lo que sabes?

—Se llevaron a von Steinheil en un coche. Eran dos. Lo llevaron a una casita en Miami Shores, en el 280 de Bayshore Drive. Y… apuntaban a von Steinheil con pistolas.

—¡Zambomba!

Brigitte estuvo fumando pensativa unos segundos, reflexionando.

—Ya quisieron matarme en Nueva York —susurró—. Y no me gusta esto de ahora. Puede ser una trampa para matarme con más comodidad, ya que estoy segura de que von Steinheil sabe que los he seguido. Sin embargo…

—¿Sin embargo…?

—Sin embargo, creo que él no haría eso. No lo haría de ninguna manera, y menos de un modo tan complicado, con ayuda de otros hombres… No, no. Si él tuviese que matarme me cortaría el cuello con su gumía. —Brigitte sonrió—… ¡Eso es lo que él haría!

—Pues vaya tío bestia —resopló Minello—… Una gumía ¿no es uno de esos cuchillos árabes de punta curva?

—Sí. Exactamente: un puñal curvo.

—¿Y von Steinheil te cortaría el cuello con eso? ¡Zambomba!

—Me parece que no lo haría —murmuró Brigitte—… ¿Llevas la pistola?

—Claro.

—Sal del hotel, toma un taxi y espérame delante del número ciento setenta de Bayshore Drive.

—¿No has dicho el doscientos ochenta?

—Haz lo que te digo.

—De acuerdo.

5. TENEMOS TODOS LOS TRIUNFOS EN NUESTRO PODER / EL REPRESENTANTE DE LA NORTH MIAMI INSURANCE / MUERTOS PARA ADORNAR BIBLIOTECAS

Los dos hombres terminaron de examinar los planos y miraron a la rubia.

—Parece interesante, Margo —dijo uno de ellos.

—¿Pero no sabes lo que es?

—Demasiado complicado para mí. ¿Y tú, Stephen, qué dices?

—Tampoco, Earl. No sabría decir qué es exactamente. Parece… Bien, no sé.

Margo Sanderson, la bella rubia, miró durante unos segundos a Earl Brown y Stephen Cozza, quienes habían dejado los planos a un lado.

—Tendremos que obtener datos sobre estos planos antes de tomar una decisión respecto a lo que hacemos con ellos, ¿no os parece?

Brown encogió los hombros.

—¿Por qué? Nosotros hemos venido a Miami detrás de Gürtner y de los planos. Ya tenemos los planos, ¿no? Pues dejemos en Miami a Ralph Plasman y Orville Wallen, y larguémonos. ¿Dónde está Sandlars?

—Vigilando a Gürtner. Lo dejé en el hotel por si ese viejo idiota hace algo que nos convenga saber. De momento ya me llamó antes para decirme que Otto Gürtner había abandonado el hotel.

—¿Quieres decir que se ha escapado…?

—No, no. No llevaba maleta, ni nada… Simplemente salió del hotel…, y Arnold Sandlars va tras él. No preocuparos: sabremos lo

que esté haciendo Gürtner en todo momento.

—De quienes no tenemos noticias es de Hair y Bowden, los de Nueva York… ¿Crees que consiguieron deshacerse de la chica aquélla a la que escribió von Steinheil?

—Claro. Pero no tienen por qué comunicar eso. O la mataron esta misma mañana o la tienen escondida hasta poder matarla en lugar seguro y luego hacer desaparecer el cadáver. Ya volverán. No olvidéis que Hair, Bowden, Plasman y Wallen son residentes en Estados Unidos, y ellos saben desenvolverse aquí mejor que nosotros… Lo nuestro, como tú bien has dicho, era conseguir los planos y regresar.

—De acuerdo. Entonces… ¿qué estamos esperando?

—¿Te parece poco dos millones de dólares y la seguridad de que dejamos detrás de nosotros un trabajo perfecto y completo?

—No… No es poco, Olga Tivik.

La rubia miró fríamente a Earl Brown, y dijo con aspereza:

—Me llamo Margo Sanderson.

—Oh, cierto, cierto —sonrió Brown—. Bien, ha sido una pequeña broma. ¿Qué hacemos Stephen y yo?

—Esperar aquí conmigo.

—Esperar… ¿qué?

En aquel momento sonó el teléfono de la cabaña alquilada en el Palmetto Motel por la hermosa espía, y ella señaló el aparato.

—Una llamada, por ejemplo. —Descolgó el auricular—… ¿Sí?

—… .

—Hola, Arnold. ¿Qué hay?

—… .

—Ya. ¿Qué más?

—… .

—Está bien. Sigue vigilándolo. Quédate en la puerta, ya sabes, y si vuelve a salir síguelo.

Especialmente si lleva equipaje o un portafolios… Cualquier cosa así. ¿De acuerdo?

—… .

—Bien. Adiós.

Olga Tivik…, es decir, Margo Sanderson, colgó el auricular y se volvió hacia los dos hombres.

—¿Qué dice Sandlars? —inquirió Cozza.

—Otto Gürtner salió del hotel poco después de marcharme de allí con los planos. Arnold le ha seguido.

—¿Y bien?

—Todo lo que ha hecho Otto Gürtner es sacar un pasaje de avión en una oficina de una línea aérea en Biscayne Boulevard.

—Hum… Pudo perfectamente encargar ese pasaje a la dirección del hotel donde está alojado, ¿no?

—Claro. Pero no quiere que nadie sepa que piensa marcharse. Está lleno de miedo —rió Margo.

—Sin motivos, claro —rió también Cozza, coreado por Brown—. Bien, ¿qué hay con ese von Steinheil?

—Esperaremos un poco. Sepamos primero qué es lo que está tramando el asustadizo Otto Gürtner.

—Wallen y Plasman deben de estar impacientándose.

—Los llamaré a su linda casita. Hay que mantenerse tranquilos. No hay prisa: tenemos todos los triunfos en nuestro poder.

Y, sonriendo, Margo Sanderson descolgó de nuevo el auricular y marcó un número.

* * *

Orville Wallen descolgó el auricular.

—¿Hola?

—… .

—Ah, Margo… ¿Qué hay?

—¿… .?

—Nada. Todo tranquilo. Este tipo tiene la sangre más fría o el temperamento más pacífico que jamás conocí.

—¿… .?

—Pues nada… Fuma, nos ha pedido un par de tragos de *whisky*, y eso es todo. Parece como si estuviese… esperando algo.

—¿… .?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Además, es una impresión mía. Lo cierto es que el tipo no se altera lo más mínimo. ¿Qué hacemos con él?

—… .

—De acuerdo: esperaremos. ¿Algo más?

—… .

—Adiós. —Wallen colgó, y se volvió hacia Alexandria—. Observe cómo se interesa por usted la bella Margo, Steinheil. Eso es muy de agradecer, ¿no cree?

—Por lo menos hasta que dé la orden de ejecución.

Wallen y Plasman se miraron.

—¿Usted cree que vamos a matarlo? —preguntó Plasman.

Alexandria lo miró irónicamente.

—Al parecer usted cree que soy idiota. Su amiga les llamó antes para decirles que todo estaba bien, que tenía los planos en su poder. ¿Pretende que yo me crea que van a dejarme marchar, para reunirme con Otto, como si nada hubiera pasado?

—Es listo. —Plasman le apuntó con la pistola, sonriendo—. Usted es un hombre listo, Steinheil.

—Von Steinheil. Barón von Steinheil.

—No sea tan orgulloso —sonrió malignamente Wallen—. Hace años en Rusia se hicieron cosas muy ejemplares y aleccionadoras con gente como usted…, Steinheil.

—Conozco la historia de Rusia. ¿Y usted?

—A medias —rió Wallen.

Plasman también se echó a reír, pero los dos dejaron de hacerlo al ver la fría sonrisa en los apretados labios de su prisionero. Wallen soltó un gruñido y se dirigió al pequeño bar del rincón.

—¿Me invitan a otro trago? —sugirió Alexandria.

—Basta que lo pida «por favor», Barón von Steinheil.

—¿Cómo no? —Se congeló más la sonrisa del alemán—. Yo siempre he sido muy educado. ¿Me sirve un trago, Wallen, por favor?

—Eso está muy bien. Le convido…

En aquel momento llamaron a la puerta de la cabaña. Wallen miró rápidamente a Plasman, y éste, tras meter la pistola en un bolsillo, fue hacia la puerta, mientras Wallen colocaba su mano armada de la silenciosa pistola detrás de la botella y se quedaba mirando fijamente a Alexandria, cuya imperturbabilidad comenzaba a irritarle considerablemente.

Plasman abrió la puerta, despacio, echándose a un lado. Un tipo alto y fuerte, de sonrisa tontorrona y modales que más que amables eran almibarados, se inclinó ante él.

—Buenas noches, señor —saludó—. Soy John Carpenter, para

servirle. Johnny para los amigos que…

—¿Qué desea? —le interrumpió Plasman con un gruñido.

—Yo… Bien, mi profesión es altamente beneficiosa para la Humanidad, y usted va a ser uno de los grandiosamente favorecidos con las gestiones que…

—Oiga, diga lo que quiere y termine, ¿entiende?

John Carpenter, Johnny para los amigos, parpadeó como muy asustado.

—Bueno, verá usted, señor: la North Miami Insurance ofrece…

—¿Es usted agente de seguros?

—Así es, señor. Protegemos a la Humanidad contra catástrofes de toda clase. Tenemos…

—No me interesa. Lárguese.

—Esto… Vea, señor: nuestros seguros son universales. Lo mismo llegan a la Rue du Bac de París que… que a Alejandría, por ejemplo, en el lejano y exótico Egipto. Podemos ofrecerle…

—Amigo —deslizó secamente Plasman—, o se larga de aquí con sus papeles y tonterías o va a ocurrir algo desagradable… para usted.

—Vaya… Mire, también tenemos seguros contra cortocircuitos. Tenemos de todo. Por ejemplo, se les apaga la luz a ustedes dentro de cinco minutos y se les estropea el televisor: nosotros tenemos…

—¿Nunca le han dicho que es usted idiota?

—Pues… no. No señor. Me han llamado pelma, estúpido, impertinente… Idiota no, señor. ¿Debo entender que desea que me vaya de aquí?

—Ahora ya no es usted idiota —gruñó Plasman.

Cerró la puerta en las narices del poco persuasivo Carpenter, y se dirigió mascullando palabrotas hacia el bar.

—Tómalo con alma, Ralph. Es sólo un pobre estúpido que intenta ganarse la vida.

—Tengo ganas de acabar con esto… Le metemos al barón un par de balas en la barriga, lo tiramos por ahí, y listo. ¿A qué tanto aguardar? ¡Y deja de darle más *whisky*! —Derribó el vaso destinado a Alexandria de un manotazo—. ¡Me está crispando los nervios su impasibilidad!

Alexandria sonrió, mirando gélidamente a Plasman, y eso fue todo. Luego se dedicó a mirar a su alrededor, como quien se aburre

y no tiene otra cosa que hacer.

* * *

—¿Crees que te entendió? —preguntó Brigitte.

—¿Cómo puedo saberlo? Él me miró, eso es todo. Parece como si estuviese en una reunión de amigos… ¿No te estarás equivocando, Brigitte?

El falso John Carpenter se pasó el pañuelo por la sudorosa frente, resoplando.

—No lo creo, Frank. ¿Mencionaste la Rue du Bac y Alejandría?

—Claro… ¡Pero el tipo aquel ni siquiera parpadeó!

—No importa eso. Él no es como tú. ¿Dijiste lo del cortocircuito dentro de cinco minutos?

—Lo dije. Pero creo que esperas demasiado de la inteligencia de ese alemán. Podríamos entrar a tiro limpio y ayudarlo…, si es que realmente está en un apuro.

—Está en un apuro. Quizás un tanto relativo para él, pero apuro al fin. Y por eso no vamos a entrar como locos disparando a todos lados. Podríamos herirlo a él… Y uno de esos dos quizá lo matase al verse en peligro. ¿Cuánto rato ha pasado ya?

Frank miró la esfera luminosa de su reloj.

—Dos minutos veinte segundos…

—Tienes dos minutos y cuarenta segundos para lo del cortocircuito. ¡Date prisa!

—¿Y si me electrocuto?

—¡Nadie se electrocuta con la corriente de uso doméstico!

—Estás equivocada. Una vez…

—¿Lo haces tú o lo hago yo?

—¿No sería mejor que nos fuésemos a bailar?

Brigitte lanzó un suspiro de resignación.

—Iremos a bailar en otra ocasión.

—Solos.

—Solitos, Frankie.

—En tu apartamento.

—En mi apartamento.

—Y… Bueno, primero podríamos ducharnos, los dos juntitos, y luego… No. Primero bailar, y luego…

¡Está bien, está bien, ya voy!

Se alejó a toda prisa de la irritada Brigitte, hacia donde ya había localizado antes el punto más adecuado para cortar el suministro de electricidad a la casa. Desde allí vio a Brigitte sacar su pistolita y dirigirse por detrás de unas matas hacia la casa. Alzó su antebrazo izquierdo y estuvo mirando con toda atención su reloj.

—Cuarenta y seis, cuarenta y cinco, cuarenta y cuatro, cuarenta y tres, cuarenta y dos…

* * *

Alexandria se adelantó un poco hacia la punta del sofá y afirmó los pies en el suelo.

—¿Qué le pasa? —gruñó Plasman—. ¿Qué quiere ahora?

—Sólo moverme. ¿No puedo hacerlo?

—Déjalo tranquilo, Ralph —aconsejó Wallen—. Y procura no ponerte nervioso. Al fin y al cabo cosas como ésta son nuestro trabajo.

—¡Ese estúpido de los seguros…!

—Olvídalo. Bebe un trago. Margo no tardará en llamar, y entonces podremos liquidar al barón de una vez. Luego, tranquilos.

Wilhelm von Steinheil cerró los ojos y se acomodó bien en el sofá, echando la espalda hacia atrás y probando lo mullido del respaldo.

—¡Míralo! —exclamó Plasman—. ¡Cualquiera diría que se va a poner a dormir tan tranquilo…!

Wallen, menos nervioso, soltó una risita.

—Está ensayando su sueño eterno. ¿Por qué no lo dejas en paz de una vez? Parece como si fueses tú el condenado a muerte, en lugar de serlo él.

—¡Es cierto! —rió de pronto Plasman—. ¡El condenado a muerte es él, no yo!

La cosa le hizo mucha gracia. Se acercó al bar, sin dejar de reír, y llenó un vaso de *whisky*. Se volvió y lo alzó hacia el alemán, como antes lo hiciera su compañero.

—A su sal…

Se oyó un crujido extraño, se vio un resplandor azul lívido afuera…, y se apagó la luz. Enseguida se oyó un ruido de algo

pesado, de sonido sordo, y algo que rodaba por el suelo.

—¡Tírale, Ralph!

Los dos espías habíanse vuelto velozmente hacia el sofá. De sus pistolas brotaron, silenciosamente, largas llamaradas color naranja y violeta, proporcionando al salón una iluminación fantasmal, de pesadilla.

Se oyeron los golpes de las balas contra el sofá volcado hacia atrás por Alexandria, pero ni siquiera a la luz de los disparos pudieron verle corriendo hacia la cocina, tal era su rapidez de acción.

—¡No tires más! —Siseó Wallen—. ¡No tires más, Ralph! ¡Es lo que él quiere: que acabemos las balas!

—¡Lo voy a…!

Plasman disparó dos veces más hacia el sofá, furiosamente, y su rostro se vio, lívido y anaranjado, a la luz de los disparos.

—¡No dispares más! —Aulló Wallen—. Está aquí, en la casa… No puede escapar. En cuanto se acerque a la puerta o a la ventana lo veremos… ¡Él sólo quiere que acabemos las balas! Quédate quieto y en cuanto se mueva lo oiremos.

Quedaron quietos los dos, presta la pistola, intentando en vano ver en la oscuridad. Sólo una ligera claridad llegaba desde afuera, por una ranura de la ventana cuyas cortinas estaban echadas.

El silencio era ahora total, absoluto. Ni siquiera se oían las respiraciones de los tres hombres que había en la casa. Nada. Ni un suspiro, ni un paso, ni el más leve ruido.

Plasman sentía la boca seca.

Se había puesto nervioso, y eso era malo… Muy malo. Había sido un estúpido… Sí: exactamente un estúpido. Sacó la lengua por entre los labios como si temiera hacer ruido y la pasó por aquéllos, lentamente. Pero la boca continuó seca.

En la cocina, sin el más leve ruido, una figura humana se desplazaba buscando en los armaritos, abriendo una puerta tras otra. Las manos se movían en la oscuridad como si tuvieran visión propia o radar.

Por fin los dedos se crisparon sobre algo frío y duro. Las yemas de dos dedos se deslizaron por el filo del cuchillo y quedaron en la aguda punta. Luego hubo como un centelleo blanco de dientes sanos de fiera, y la figura salió de la cocina, convertida en pura

sombra, tal era el silencio con que se desplazaba. Las zapatillas deportivas apenas parecían rozar el suelo.

De nuevo en el salón Alexandria se acuclilló en un rincón, fijos los ojos en la oscuridad, alerta el oído como el de un león africano; incluso la nariz se estremecía, como venteando la proximidad de la presa.

Se había apagado la luz, habían sonado unos disparos, y eso era todo… por el momento.

De pronto, desde afuera, alguien golpeó suavemente la puerta.

—¡Von Steinheil! —Llamaron.

Hubo un ruido en el salón, un movimiento.

Y una sombra se delató al resplandor de los disparos cuyas balas atravesaron la puerta hacia el exterior…

Alexandria saltó hacia allí como un felino. Su brazo izquierdo rodeó el cuello de la presa con una potencia invencible. Se oyó primero el jadeo, y enseguida la voz angustiada y jadeante de Plasman en demanda de ayuda:

—¡Wa… llen, ven a…!

Se oyó un golpe sordo, un choque. Plasman emitió un extraño ronquido cuando el cuchillo entró rudamente en su pecho y atravesó su corazón, implacable. En alguna parte brillaron los fogonazos de otros dos disparos, y Alexandria, que sostenía ante sí al apuñalado Plasman, notó en el cuerpo de éste los impactos de las balas. Lo soltó y se echó a un lado mientras Wallen, delatándose, volvía a disparar hacia donde oía aquel ruido…, que no era otra cosa que el apuñalado Ralph Plasman rodando por el suelo.

Orville Wallen inició un incontenible grito de espanto cuando aquella fiera nictálope cayó sobre su espalda; pero enseguida una mano enorme tapó su boca, y un tajo certero abrió su garganta como si hubiese sido de manteca.

Lógico.

Completamente lógico.

Aquellos dos espías de tercera categoría debieron enterarse a tiempo de que el hombre que tenían que secuestrar y luego matar había sido el único agente de la *Abwher* al que el M. I. 5 jamás pudo apresar ni conocer, exceptuando a un solo hombre, que lo que más profundamente sintió hacia Alexandria fue admiración y simpatía.

La puerta se abrió de pronto, y una figura entró en la casa

corriendo inclinada. Alexandria sonrió en la oscuridad cuando oyó el tropezón, el ruido, y luego la respiración jadeante, mal controlada. Muy bien: allá llegaba su ayuda.

Oyó el escándalo de los cristales reventados de la cocina, y supo que pronto entraría por allí el tipo llamado John Carpenter, el falso agente de seguros. Más ayuda.

Sonriendo, dejó cuidadosamente en el suelo el cadáver degollado de Orville Wallen, y se deslizó hacia donde había oído el tropezón. Contuvo su respiración, y no oyó la otra. Pero sí llegó hasta él un suave perfume inconfundible…

Dio un paso más, adelantó la mano izquierda, tocó un hombro, y enseguida pasó la mano hacia la boca y colocó el cuchillo en la garganta femenina.

—Quieta…

—¡Mmmmmmmmmmmm…!

Alexandria quitó la mano de la boca, riendo quedamente. Oyó el suspiro de Brigitte y luego su voz, ansiosa:

—¿Es… es usted, Alexandria?

—Si no fuese yo ya tendría cortada su preciosa garganta… Le agradezco mucho lo que ha hecho, Brigitte.

—¿Está… está bien?

—Sí… Estoy bien.

Brigitte besó brevemente al alemán en los labios.

—¿Y ellos?

—Ellos están muertos.

Alexandria se puso en pie, ayudando a Brigitte a hacer lo mismo.

—Quizá… no debí besarlo —susurró ella.

—Ha estado bien así. A un pobre viejo como yo le rejuvenecen estas cosas.

—¡Brigitte! —Tronó la voz de Minello desde el fondo de la cocina—. ¿Está todo bien ahí dentro, Brigitte?

—¡Ve a reparar el cable, Frank! ¡Todo va bien!

Estuvieron silenciosos los dos, uno junto a otro, esperando. Dos minutos después se hizo la luz en la casa. Brigitte miró a Alexandria de reojo, breve y rápidamente. Luego miró a su alrededor: sillones volcados, el sofá, la mesita volcada… Y los dos cadáveres acuchillados, patéticos en su última expresión de agonía y espanto.

Frank Minello apareció por la puerta, pistola en mano, todavía

con ciertas precauciones. Se quedó en el umbral contemplando la trágica escena de muerte. Cuando miró a Alexandria, asombrado al comprender que él sólo había hecho aquello con dos hombres armados de pistolas, Brigitte ya estaba de nuevo frente al alemán.

—Un pobre viejo, ¿eh? —susurró la muchacha.

Von Steinheil se pasó la lengua por los labios.

—No podía hacer otra cosa.

—¿Cómo lo consiguió?

—Entendí el mensaje… Cuando se apagó la luz me eché hacia atrás con el sofá, fui a la cocina, encontré una gum… un cuchillo, y los maté a los dos.

Brigitte decidió tomárselo por el lado humorístico. Chascó dos deditos.

—¡Los mató a los dos, así, como si todo fuese corriente y normal!

—Ellos no sabían pelear en la oscuridad y en silencio. Sobre todo el llamado Plasman: era muy nervioso.

—Pues el que sea de los dos ya no se pondrá nervioso por nada —comentó Minello—. *Herr* von Steinheil, no me gustaría tener que pelear con usted. ¿Y tus medias, Brigitte?

—No llevo medias —suspiró ella—. El clima de Miami es mejor que el de Nueva York. ¿Qué hacemos ahora, Alexandria?

Von Steinheil miró a Minello, que sonrió y encogió los hombros.

—Ella tuvo que contarme algo, von Steinheil. Pero quede tranquilo: para mí es como si Alexandria no hubiese existido jamás.

—Confíe en Frank. Es un pobre tonto, pero cumple lo que dice. Insisto: ¿qué hacemos ahora? Frank siguió a una mujer que estuvo en la *suite* de su amigo Otto. Sabemos dónde vive.

—Y yo sé su nombre: Margo. Ella tiene ahora los planos.

—¿Sí? Pues vamos a hacerle una visita de cumplido…

—Vaya usted. Yo tengo que ir a ver a Otto. Él solo no sabría hacer frente a ninguna situación. No sé lo que le habrán dicho, o cómo lo habrán engañado, pero sí sé que está tan condenado a muerte como lo estaba yo… Y tengo que protegerlo, Brigitte. Para mí, él es antes que los planos.

—Está bien —musitó la muchacha—. Iremos primero a asegurarnos de que su amigo queda a salvo.

—No es necesario que…

—Le acompañamos con gusto. Conviene ser amigo de un hombre que maneja como usted un cuchillo en la oscuridad.

—¿Qué hacemos con los muertos? —preguntó Minello.

—Llévatelos a casa, como adorno para tu biblioteca.

—Oh, son demasiado grandes. ¿Qué hay de la noche de baile y lo demás? ¿Eh? No olvides que lo prometiste.

—Prometí el baile, no lo demás. Ve a buscar un taxi por ahí, Frank.

—Okay.

Minello salió de la casa, y regresó a los pocos minutos con un taxi. Para entonces Brigitte y von Steinheil había apagado la luz por el medio normal y cerrado la puerta, y ya estaban esperando junto a la entrada por el jardín.

Subieron al taxi y le dieron la dirección del Atlantis Hotel… Durante el trayecto, que recorrieron en silencio, Brigitte miraba con frecuencia a von Steinheil, que estaba sombrío, y, sin duda, preocupado, pero firmes los nervios.

Cuando el taxi se iba a detener, Alexandria dio otra orden:

—Vaya por la parte de atrás, por la de la playa.

—Muy bien.

El coche rodeó la manzana. Poco después, mientras Minello se dirigía hacia la parte delantera del hotel cruzándolo por el interior, Brigitte y Alexandria subían en el ascensor hacia el octavo piso.

Por fin llamaron a la puerta de la *suite* 828. Los dos oyeron con toda claridad los pasos leves de una persona, al otro lado. La puerta se abrió, lentamente, y la figurilla de Otto Gürtner apareció ante ellos.

Miró a Alexandria con ojos desorbitados por la alegría, y abrió los brazos afectuosamente.

—¡Wilhelm! —exclamó—. ¡Te han soltado de verdad!

6. EL REGRESO Y EXPLICACIONES / EN POS DE LOS PLANOS / UN PAQUETE DE LIBROS CON CONTRASEÑA

Alexandria sonrió mientras estrechaba entre sus brazos a su amigo, que pareció perderse entre ellos, débil y pequeño como nunca al ser comparado con el coloso alemán.

Entraron los tres en la *suite*, y von Steinheil dejó de palmear los flacos hombros de Gürtner para señalar a Brigitte.

—Ella es Brigitte Montfort, Otto.

Gürtner parpadeó. Tendió tímidamente su mano.

—¿Cómo… cómo está, señorita Montfort? Perdone mi mal inglés, pero…

Brigitte estrechó la mano del pequeño alemán, sonriendo.

—Puede hablar en alemán si lo prefiere, *herr* Gürtner.

—¿Habla alemán?

—Entre otros idiomas.

—Oh… Bien, de todos modos como estamos en América hablaré su idioma.

—Y yo hablaré alemán el día que le visite en Europa —rió Brigitte—. ¡De acuerdo!

Gürtner sonrió, y se volvió de nuevo hacia Alexandria, mirándolo afectuosamente, casi incrédulo.

—Bueno… La verdad, Wilhelm, temía… ¡No creí que esa gente cumpliese su promesa de soltarte!

—No la cumplieron, Otto. Querían matarme.

—¡Matarte! —Gürtner palideció intensamente—. No… no es una broma simpática, Wilhelm.

—Es que no es broma.

—Pero… pero tú estás aquí… No entiendo…

—Brigitte me sacó de allí. Ella…

—Salió él solo —desmintió Brigitte—. Todo lo que hice yo fue apagar la luz. Y ni siquiera eso lo hice yo misma. Con Alexandria en liza hay muy pocas oportunidades de intervenir… ¿No le parece a usted, *Herr* Gürtner?

Éste miró alarmado a von Steinheil, quien, sonriendo, afirmó con la cabeza.

—Ella lo sabe, Otto… Pero olvida eso. Brigitte y yo nos entendemos de un modo personal, en cuanto afecta a nuestras… actividades: ¿Tienes los planos?

Otto Gürtner se mordió los labios.

—No… No los tengo.

—Me lo temía. ¿Se los diste a una mujer llamada Margo?

—Yo no sé… no sé cómo se llamaba. Pero sí… Se los di a una mujer… Una muchacha, joven, bonita, rubia… ¡Me dijo que si no le daba los planos te iban a matar, Wilhelm!

Von Steinheil movió pesarosamente la cabeza.

—Otto, eres un tipo tonto y fácil de engañar. ¿Crees que porque entregases los planos me iban a dejar marchar con vida?

—Pero ella dijo…

Brigitte y Alexandria se miraron, con el aire de quien comprende que es imposible enseñar a volar a una ballena.

—Lo que ella dijese sólo eran mentiras, Otto.

—Bueno, pero…

—Anda, siéntate. Y cálmate. ¿Quiere que pida algo al bar, Brigitte?

—No es necesario. Le recuerdo que no tenemos tiempo que perder.

—Es cierto. De todos modos, siéntese… Eso es. Y ahora, Otto, explícanos exactamente lo que pasó.

Von Steinheil también se había sentado, junto a Brigitte, ambos en el sofá, delante de Gürtner.

—Pues… Bueno, vino a verme esa mujer… Ella llamó a la puerta, abrí… Me preguntó si yo era Otto Gürtner, y, claro, le dije que sí…

—Claro —sonrió von Steinheil.

—Entró… Me dijo que sabía que yo tenía unos planos y que los quería. Le dije… le dije que estaba loca, y ella… ella se echó a reír.

—Debía de estar contenta. ¿Qué más?

—Bueno… Me negué a entregar los planos, claro, y entonces ella me dijo que… que sería mejor que reflexionase, ya que si no se los entregaba tú lo ibas a pasar muy mal. Dijo… dijo que te mataría si no le entregaba los planos. También dijo que no esperase ayuda de nadie, por el momento, ya que la… la señorita Montfort había sido también secuestrada en Nueva York, y que no llegaría jamás a Miami.

—¿Por eso se ha sorprendido al verme, *Herr* Gürtner?

—Sí…, claro.

—¿Qué más dijo la chica, Otto?

—Pues sólo eso… Insistió en que debía entregarle los planos, por el bien de todos los que estaban complicados en este asunto. Wilhelm, yo…

—Di lo que sea. Con toda claridad, Otto.

—Bien… Mira, si sólo me hubiese amenazado con… con matar a la señorita Montfort yo no habría cedido… Perdone, señorita Montfort, pero…

—Lo entiendo a usted, *Herr* Gürtner. Siga.

—Es que ella me amenazó con matarte a ti, Wilhelm. Y yo… yo creí que los planos no valían la pena, entonces.

—Y se los entregaste a ella.

—Claro.

—Los verdaderos, los auténticos. Nada de copias falseadas, o simples bosquejos, o ecuaciones mal planteadas… Le diste los planos auténticos.

—Ella dijo que dos de sus hombres estaban contigo, y que te iban a matar si no se los daba.

—Y tú te lo creíste todo.

Gürtner miró incrédulamente a Alexandria.

—¡Pero es que estaba seguro, Wilhelm! Te oí… Te oía por el teléfono hablando con aquellos dos hombres. Mira, ella… No, no, espera, espera… Sí, cuando ella llevaba aquí unos minutos llamaron al teléfono, y ella dijo que la llamada era suya, y la atendió. Habló con un hombre sobre ti, preguntó qué hacías, cómo te tomabas la situación… Luego me dio el auricular y me dijo que sería conveniente que escuchase. ¡Era tu voz, Wilhelm! ¡Nadie podría engañarme en eso!

—Tienes razón —suspiró von Steinheil—. Era yo, Otto. Ahora

comprendo aquello…

—¿De qué se trata? —preguntó Brigitte.

—Tenían un aparato de ésos para hablar varios a la vez y que pueda escucharlo todo la persona que está el otro lado de la línea.

—¿Un *speakerphone*?

—Exactamente. Sí, eso es lo que ocurrió: llamaron aquí y luego dejaron el auricular sobre la mesita, con la clavija del *speakerphone* abierta. Entonces me aclararon la situación, me dijeron que si Otto no entregaba los planos me iban a matar…

—¡Eso es lo que yo oí por teléfono!

—Ya sé, ya sé, Otto… Está bien, no te preocupes. Pero no debiste entregar los planos.

—Te iban a matar… ¿Qué otra cosa podía hacer?

—No te estoy culpando. Éste no es tu campo de acción… Pero para una supuesta próxima vez recuerda que un espía jamás suelta a otro. Si no hubiera sido por Brigitte me habrían matado, por muchas promesas que te hubieran hecho y por muchos planos que tú les hubieses entregado.

Otto Gürtner hundió la barbilla en el flaco pecho, y permaneció unos segundos en silencio, mortificado.

Luego miró a von Steinheil y a Brigitte.

—Bueno… Todo está perdido ahora.

Alexandria sonrió como divertido.

—¿Perdido? ¿Por qué?

—¡Cualquiera encuentra ahora a esa chica!

—Nosotros —dijo Brigitte—. Yo sé dónde está.

Von Steinheil se puso en pie.

—Y vamos a buscarla ahora mismo. Entre Brigitte y yo le hemos quitado ya cuatro hombres de en medio. No creo que le queden muchos más.

—¿Habéis… matado a cuatro hombres?

—Dos en Nueva York y dos en Miami.

—Uno de los de Nueva York estaba todavía vivo cuando salí de allí —dijo Brigitte—. Mejor, porque así cuando se recupere podrá contarnos muchas cosas.

—También la muchacha rubia tendrá muchas cosas que contar —dijo von Steinheil—. No esperemos más, Brigitte.

—¿Qué pensáis hacer? —se interesó Gürtner, admirado.

—Recuperar los planos, naturalmente. Tú no te muevas de aquí, Otto. Y no abras la puerta a nadie. Cuando salgamos asegúrala por dentro. Te digan lo que te digan, y sea quien sea la persona que te hable, no abras esa puerta por nada. Quiero estar tranquilo respecto a tu seguridad. ¿Lo entiendes?

—Sí, sí.

—Y no te preocupes por nada: te traeremos los planos. Vamos, Brigitte. Saldremos por donde hemos entrado, no por la puerta delantera. Vamos a darle una sorpresa a esa Margo.

Se despidieron de Gürtner y abandonaron la *suite*. Apenas habían salido los dos Otto Gürtner cerró la puerta con el sistema de seguridad y regresó al sillón que había estado ocupando. Estaba nervioso, preocupado.

Se levantó y se puso a pasear de un lado a otro, cada vez más nervioso. Fue al dormitorio, volvió a salir, volvió a entrar y a salir, siempre titubeante, inquieto…

De pronto fue al armario, lo abrió, y empezó a sacar ropas, que fue tirando sobre la cama. No era un equipaje abundante, ni mucho menos. Sacó la maleta del compartimiento del armario, la puso sobre la cama, y empezó a colocar sus ropas en ella, precipitado, desordenado. La cerró, miró el reloj, echó un último vistazo por la *suite*, y se dirigió hacia la puerta con la maleta en una mano. Abrió la puerta, se asomó al pasillo, y salió.

Poco después tomaba el ascensor. Llegó al vestíbulo y se encaminó hacia la conserjería, mientras un hombre, al verlo, se dirigía hacia uno de los teléfonos del vestíbulo, se colocaba junto al aparato, y parecía dispuesto a esperar.

Ante el mostrador Otto Gürtner pedía nerviosamente:

—¿Me da el paquete de libros, por favor?

—Por supuesto, señor. ¿Me permite la contraseña?

—Oh, sí, la… Es cierto, sí.

Sacó la billetera, y, de ella, una de las contraseñas del hotel referidas al número del paquete que el cliente dejaba en la caja fuerte.

—A76 —leyó el empleado—. Un momento.

—Sí, sí. También quiero la cuenta.

—Creíamos que se quedaría más tiempo… ¿Algo le disgusta, señor? Cualquier deficiencia que…

—No, no, todo está bien, todo es magnífico… Sí, muy bien. Es que tengo… tengo algo urgente que resolver en otro lugar, un… un asunto inesperado.

—Comprendo, señor.

El empleado fue a pedir la cuenta de la *suite* 828, y Otto Gürtner, perlada la frente de sudor, quedó solo ante el mostrador, mirando a todos lados…, pero sin conceder su atención ni por un momento al hombre que estaba encendiendo un cigarrillo junto al teléfono.

Al poco regresaba el empleado, que colocó un paquete ante Gürtner y entregó a éste la cuenta del hotel. Mientras Otto la abonaba el hombre de junto al teléfono había descolgado ya el auricular y estaba marcando un número. Cuando Otto Gürtner, cargado con el paquete de libros y la maleta, se dirigía hacia la puerta, el hombre en cuestión estaba hablando rápidamente.

Otto llegó a la puerta, y el paquete de libros le cayó al suelo. Se inclinó tan precipitadamente a recogerlo que estuvo a punto de caer él también. Lo recogió, se le volvió a escapar de las manos, y cuando, finalmente, consiguió arreglárselas para que todo estuviese en orden, continuó su camino, estando a punto de golpear a una señora con la maleta, bajo la mirada entre perpleja y divertida de un par de botones.

—¿Le llamo un taxi, señor? —ofreció el portero.

—No, no, yo… yo lo buscaré, sí…

—Como guste, señor. Feliz viaje.

—Gracias, muchas gracias…

Durante unos segundos Otto Gürtner estuvo plantado en la acera sin saber qué hacer, con la maleta en una mano y el paquete de libros en la otra.

Finalmente dejó la maleta en el suelo, consiguiendo así liberar una mano, que utilizó para llamar con aparatosas señas a un taxi.

7. ORDEN: MATAR A OTTO GÜRTNER / TELÉFONOS QUE NO FUNCIONAN / LA VISITA INESPERADA

—Está bien, no te preocupes.

—¿… .?

—Ya te he entendido: Otto Gürtner está saliendo del hotel cargado con una maleta y un paquete, y parece muy nervioso. Muy bien: tanto peor para él. Un hombre nervioso suele cometer muchos errores.

—¿… .?

Margo Sanderson reflexionó unos segundos, bajo la expectante mirada de Earl Brown y Stephen Cozza, que esperaban pacientemente el momento de dar por liquidado el asunto que los había traído a los Estados Unidos de América.

—No —dijo al fin—, no lo sigas tú, Arnold.

—¡… .!

—No lo perderemos, descuida. Sabemos adónde va… ¿No dices que lleva una maleta y un paquete?

—¿… .?

—¿Y no me dijiste antes que había ido a adquirir un pasaje de avión? Pues bien: nuestro buen amigo Otto Gürtner se dirige al Miami International Airport. No es necesario perder el tiempo siguiéndolo.

Regresa aquí, conmigo.

—¿… .?

—Olvídate de Gürtner: Brown y Cozza van a ir ahora a por él. Todo saldrá bien. Te espero, Arnold. Adiós.

Margó colgó, y miró a sus compañeros de espionaje sonriendo con gesto maligno.

—¿Qué pasa exactamente? —preguntó Cozza.

—Nuestro querido Otto Gürtner se las está dando de listo: está camino del aeropuerto.

—¿Crees que los planos son falsos?

—No, no… Eso no. Todo lo que ocurre es que cree que él es listo y los demás somos tontos. Yo creo que los planos son auténticos, que no nos ha querido engañar, pero…

—¿Pero…?

—Ya habéis oído lo que le decía a Arnold. Él va a venir aquí. No interesa tener demasiado tiempo al mismo hombre detrás de la presa. Id vosotros al aeropuerto, esperad allí a Gürtner, y matadlo.

Brown y Cozza se pusieron en pie y fueron a colocarse las chaquetas, ocultando las pistolas asentadas en las fundas axilares. Luego se dirigieron hacia la puerta.

—Brown —llamó Margo.

—¿Qué hay?

—Tenéis que apoderaros de su equipaje. Traed todo lo que lleve. No es necesario que lo registréis: tan sólo los paquetes y maletas.

—Entendido.

Salieron los dos. Desde la ventana de la cabaña Margo los vio subir al coche y partir a buena velocidad. Dejó caer el visillo y quedó pensativa.

Finalmente sonrió.

Perfecto: sólo quedaba un detalle: la muerte de Wilhelm von Steinheil.

Volvió al teléfono y marcó el número de la casita número doscientos ochenta de Bayshore Drive, en Miami Shores. Pero obtuvo la señal de comunicando. Frunció el ceño, pulsó la horquilla y volvió a llamar. Lo mismo. El otro teléfono estaba siendo utilizado. ¿Cómo podían ser Plasman y Wallen tan estúpidos como para tener comunicando el teléfono en momentos como aquéllos? ¿O quizá la estaban llamando precisamente a ella, y al tener ambas partes descolgado el teléfono no podían comunicarse?

Colgó y estuvo esperando un minuto junto al aparato. Nada.

Volvió a llamar a Plasman y Wallen con el mismo resultado negativo.

Un poco irritada colgó definitivamente y se dirigió hacia la mesita donde tenía los planos. Ya llamaría más tarde para decirles a aquellos dos que matasen de una vez a von Steinheil y que se

ocupasen de hacer desaparecer su cadáver.

Se sentó ante la mesita y estudió una vez más los planos, pero no sacó nada en claro. Por supuesto no debía de ser nada fácil adivinar lo que un hombre como Otto Gürtner era capaz de idear… Pero ella sabía quiénes podrían obtener muy buenas conclusiones con aquellos planos. Los llevó a una mesita de rincón y los apiló bien ordenados. Luego llevó hasta allí la lámpara de pie y retiró de ésta la bombilla. Fue al dormitorio, de donde regresó con una bombilla más grande y una pequeña cámara fotográfica. Puso la bombilla en la lámpara y dio la luz. Una luz intensa, potente, que cayó verticalmente sobre los planos.

Fotografió el primero de ellos y lo pasó, dejándolo boca abajo. Fotografió el segundo, hizo lo mismo, y procedió a fotografiar el tercero… Y así todos. Volvió a apilarlos, los colocó en el mismo sitio, y repitió íntegramente la operación. Quería tener la seguridad absoluta de que nada fallaba. Y por eso los fotografió una tercera vez, siempre sin prisas, con todo cuidado. Sabía que aquélla era una buena cámara de microfotos que no solía fallar, pero tres juegos de fotos siempre eliminarían todo riesgo de fallos técnicos.

Dejó la cámara sobre la mesita y se llevó los planos al lavabo. Los dejó en el lavamanos y regresó al saloncito en busca del encendedor. Tomó un cigarrillo y lo encendió, sonriendo. Luego, con el encendedor en la mano, regresó al lavabo. Cogió uno de los planos por un ángulo, encendió el mechero, y aplicó la llamita en el ángulo diagonalmente opuesto. Era un papel sólido, pero fino, que ardía estupendamente. Uno tras otro los planos fueron quemados. Eran demasiado grandes para ir con ellos de un lado a otro. En cambio, una tira de microfilme se puede esconder en cualquier sitio.

Finalizó la operación abriendo el grifo del lavamanos y empujando las cenizas hacia el desagüe, para que el agua las fuese arrastrando. Limpió bien el lavabo, tiró al inodoro el cigarrillo que se había ido consumiendo, y regresó de nuevo al saloncito.

Miró el teléfono.

Había que probar otra vez.

Pero a una nueva llamada recibió la misma señal: el teléfono estaba ocupado. ¿Sería posible que Wallen y Plasman hubiesen dejado mal colgado el teléfono la última vez que hablaron? ¿Por qué no? De un modo u otro era evidente que el aparato les estaba

jugando una mala pasada, y que, como fuese, ella tenía que contactar con Plasman y Wallen… ¿O quizás era su propio teléfono el que funcionaba mal?

La llamada a la puerta la sobresaltó. Enseguida se dijo que Wallen y Plasman debían de haberse dado cuenta de que el teléfono no funcionaba, y uno de ellos llegaba a ver qué ocurría.

Fue a la puerta y la abrió.

Una hermosa mano femenina apareció ante sus ojos empuñando una primorosa pistolita que quedó ante sus narices.

—¿Qué tal, Margo? —se interesó la desconocida, fríamente.

8. LOS MALOS MODALES DE ALEXANDRIA / HISTORIA ABREVIADA DE UN ESPÍA / EL GRITO DE BRIGITTE

Margo Sanderson se mordió los labios. Miró la pistolita y de nuevo el precioso rostro de ojos muchísimo más bellamente azules que los suyos.

Conocía a aquella mujer… Sí, estaba segura. De pronto Margo palideció intensamente. ¡Era la muchacha que había visto en el bar del Atlantis Hotel con von Steinheil, y debía…!

Se echó a un lado rápidamente y quiso cerrar la puerta, pero un gigante apareció junto a la muchacha y frenó fácilmente la puerta. Allá lo tenía: Wilhelm von Steinheil.

—No sea descortés, Margo —sonrió fríamente el apuesto alemán —. Una señorita la ha saludado, así que debería contestar.

Margo se pasó la lengua por los labios.

No contestó.

Alexandria encogió los hombros, empujó suavemente a Brigitte hacia el interior de la cabaña, y entró él detrás. Cerró la puerta y se quedó mirando a la rubia.

—¿Está sola ahora? ¡Conteste!

—Sí… Estoy sola.

Alexandria dio un vistazo en torno, como si lo estuviese fotografiando todo.

—Cuidado con ella, Brigitte —advirtió.

Se fue hacia el dormitorio como primer punto del recorrido para convencerse de que, en efecto, la rubia estaba sola en la cabaña.

—Siéntese en el sofá.

Brigitte lo señaló con la pistola. No se podía hacer otra cosa más que obedecer, y Margo lo comprendió así, de modo que se sentó en el sofá, y se quedó mirando a la espléndida muchacha de los ojos

bellísimamente azules que la vigilaba atentamente. Tendió la mano hacia el paquete de cigarrillos…

—Muévase sólo un centímetro más y verá lo que pasa —le advirtió Brigitte.

Margo quedó inmóvil. Alexandria acabó el pequeño recorrido, convencido ya de que no había nadie más en la cabaña. Se plantó delante de Margo y la miró irónicamente.

—¿Sorprendida? —se interesó.

Margo apretó los labios…, y Alexandria se los ablandó de una violentísima bofetada de revés que estuvo a punto de derribar a Margo, con sofá incluido, hacia atrás. Los rubios cabellos de la espía se soltaron, y lágrimas de dolor aparecieron en los ojos de Margo. Alexandria la cogió de un brazo, la sentó bien de nuevo, rudamente, y dijo, con inquietante suavidad:

—Sírvase contestar a mis sucesivas preguntas, y hágalo con concreción explicativa y voz clara. ¿Me ha entendido?

—Sí.

—Eso está bien. ¿Su nombre?

—Margo Sanderson.

—No, no —sonrió Alexandria—… El otro. El verdadero, señorita Sanderson, por favor.

—Ya le he dicho el verdadero.

Sin inmutarse Alexandria volvió a golpear en pleno rostro a la espía. Sólo que ahora fueron dos las violentísimas bofetadas que agitaron la cabeza femenina de un lado a otro como si en el cuello hubiese un eje…, y hubiera sido roto. Y de nuevo el alemán asió a la rubia por los brazos y la acomodó rudamente en el sofá.

—Margo —siseó—: llevo más de treinta años tratando personas como usted, y le aseguro que yo soy peor, si me obligan a ello. Vamos a dejar claras las cosas: yo soy Wilhelm von Steinheil, mi amiga es Brigitte Montfort, y usted es… es…

Margo miró de reojo a Brigitte, y murmuró:

—Brigitte Montfort está muerta.

—Como puede ver, Brigitte está bien viva —contradijo Alexandria—. Son sus dos hombres de Nueva York los que están muertos. Es decir, murió uno, y el otro está en un hospital. Tuvieron… mala suerte. Yo la recuerdo a usted, naturalmente: estaba en el bar de mi hotel. ¿Me estaba vigilando?

—Sí.

—¿Y no me vio charlando allí con Brigitte?

—No se me ocurrió que fuese ella.

—¿Por qué no? Según parece usted sabía que yo la había llamado a Nueva York y que ella iba a venir. Esto está bien claro, ya que envió dos hombres a Laguardia para impedirle tomar el avión. En tales circunstancias… ¿por qué no se le ocurrió pensar que la muchacha que estaba conmigo podía ser Brigitte Montfort?

—No llegó en el avión que usted fue a esperar al aeropuerto.

—Ah, ya. De modo que me siguieron también allí. ¿Por qué?

—Queríamos ver si llegaba alguna mujer que se pusiera en contacto con usted, en cuyo caso habríamos sabido que lo de Nueva York no había salido bien.

—Entendido. Y como me vieron esperar en vano y volver solo, creyeron que todo les había salido bien a sus amigos de allá. Y que cuando yo hablaba con Brigitte en el bar de mi hotel, y la llevaba luego a una mesa, y tomábamos champán se trataba de una… conquista ocasional, vulgar y corriente. ¿Es eso?

—Sí. Usted es tan… tan…

—No se moleste. Sé que soy varonil, atractivo, y todo eso. De todos modos le agradezco que fuese a decirlo. De acuerdo: no le extrañó que yo le resultase interesante y agradable a una chica tan bonita, y no creyeron que fuese Brigitte Montfort. Ahora otra pregunta: si querían matarme… ¿por qué no lo hicieron antes?

—Queríamos estar seguros de que Brigitte Montfort no llegaba. Luego, mientras se lo llevaban a usted, yo subiría a hablar con Otto Gürtner.

—Ya. Se trataba de mantenerme vivo hasta que él pudiese oírme por teléfono, reconocer sin lugar a dudas mi voz, y convencerse de que si usted no recibía los planos me iban a matar… ¿De acuerdo?

—Sí.

—Bien… Han estado cometiendo sucesivos errores. O quizá nos han menospreciado a Brigitte y a mí. ¿Es eso?

—Quizás.

—El error sigue siendo exclusivamente suyo, Margo. Bien: ¿su verdadero nombre?

—Margo Sanderson.

Apenas dicho el nombre Margo achicó los ojos, como quien teme

la llegada de nuevos golpes o calamidades. Pero Alexandria no volvió a pegarle. Estuvo unos segundos mirándola fijamente, con una sonrisilla perversa en sus labios. Luego, sin decir palabra, fue a la diminuta cocina de la cabaña.

Regresó con un largo cuchillo en la mano derecha y pasando el filo por la izquierda, suavemente.

Acercó un sillón al sofá y se sentó delante de la rubia espía.

—Margo: ¿sabe algo de los árabes?

—Creo… creo que sí, no sé…

—A los árabes nos gusta el arma blanca.

—Usted no es árabe.

—Oh, bueno, es cierto, claro… Le diré un secreto: hace muchos años, siendo yo un muchacho, mi padre opinó que yo debía conocer el mundo en que vivimos, y me envió a dar la vuelta a ese simpático mundo. ¿Sabe cuál fue el lugar que más me gustó?

—No.

—África. El desierto africano, para ser concreto. Me impresioné tanto que cuando regresé a casa le dije a mi padre que quería vivir allí. Mi padre se rió, me dijo que bueno, que más adelante ya hablaríamos, y, puesto que se habían terminado mis vacaciones por aquel año, volví a la universidad de Heidelberg. Tiempo después mi padre falleció. Yo respeté sus deseos: terminé mis estudios. Luego me fui a vivir a África, y sólo pasaba en Alemania los períodos justos para atender mis propiedades. En África aprendí muchas cosas. Una de ellas que los árabes son gente ruda por atavismo, no por crueldad refinada… En poco tiempo me conocieron en todos los oasis, y hasta me inventaron algunos nombres. Para la mayoría yo era el Gran Jeque Ibrahim El Zefer, y me respetaban porque era más duro y salvaje que ellos cuando era necesario. Durante la Segunda Guerra Mundial más de medio millón de árabes distribuidos en todo el Norte de África hubiesen dado el pellejo por mí. Yo tenía mucho dinero. Les daba ropas, alimentos, medicinas, caballos, camellos… Ibrahim El Zefer era una bendición de Alá para ellos. A su vez, Ibrahim El Zefer aprendió a amar el desierto…, entre otras muchas cosas. Aprendió, por ejemplo, a no tener piedad con quien intentase matarlo a él o a sus amigos… ¿Lo entiende, Margo?

Alexandria puso bruscamente el filo del cuchillo en la garganta de la espía, que se echó para atrás, tenso el cuello, crispadas por el

súbito espanto las facciones.

Incluso Brigitte se mordió los labios y palideció un poco cuando, ya sin poderse echar más atrás Margo Sanderson, el filo del cuchillo se hundió un par de milímetros en su piel.

—Conteste —exigió en frío susurro Alexandria—: ¿lo entiende?

—Sí… Sssiiií…

—No le voy a cortar el cuello, Margo. No es eso lo que merece por haber querido matarme. Le voy a cortar una oreja, después la otra, y finalmente la lengua.

—¡No! —gimió la rubia.

—Le aseguro que sí. Es otra de las cosas que aprendí. No le dolerá demasiado. A los charlatanes y traidores y espías les cortábamos las orejas, para que no pudiesen oír; la lengua, para que no pudiesen hablar; las manos, para que no pudiesen escribir; y les sacábamos o les reventábamos los ojos para que no pudiesen ver.

—¡No! ¡NO!

Alexandria retiró el cuchillo de la blanca garganta femenina, y lo acercó a una de las lindas orejas, que sujetó con la otra mano a pesar de los esfuerzos de Margo Sanderson por impedirlo. Ella notó el frío del acero sobre la oreja…

—¡Olga! —chilló histérica—. ¡Olga Tivik! ¡Ése es mi nombre!

—¿Rusa?

—Sí… ¡Sí!

—¿Cuántos son en total para este asunto?

—Ocho.

—¿Han venido ocho de ustedes detrás de Otto y de mí?

—No… Cuatro ya estaban en Estados Unidos.

—Espías residentes, ¿eh? De esa puerca clase de gente que vive en un país para conocerlo bien todo y traicionarlo mejor llegado el momento… ¿Es eso?

—Sí, sí.

—¿Quiénes son esos cuatro residentes? —preguntó Brigitte.

—Los… los que tenían que matarla a usted en Nueva York, y los que… tenían que matar a… a von Steinheil…

—Entonces la justicia ya está hecha —sonrió Alexandria—. ¿Y los otros tres? ¿Dónde están?

Olga Tivik pensó rápidamente. Estaba ya convencida de que aquel hombre era capaz de hacer lo que decía. Si le decía que dos

de ellos habían ido en busca de Otto Gürtner para matarlo en el aeropuerto o donde lo encontrasen von Steinheil la iba a despedazar con aquel cuchillo. Él mismo acababa de decirlo: no tener piedad con quien intentase matarlo a él o a sus amigos. En cuanto a Arnold, tampoco podía decir que estaba camino del motel, ya que sería prevenir al alemán, perdiendo así la posibilidad de que Arnold Sandlars la ayudase. Y también Cozza y Brown podrían ayudarla si ella alargaba la situación y retenía a von Steinheil allí el tiempo suficiente… Así que, tras estos velocísimos cálculos de la situación, dijo:

—Fueron… fueron a sacar pasajes, en dos vuelos distintos… para regresar a Europa y… y de allí…

—De allí a Rusia. Está bien. ¿Han de volver aquí?

—No… Yo tenía que reunirme con ellos.

—¿Dónde?

—En… en Melrose Park.

—¿Los cuatro?

—Sí.

—¿No es eso muy arriesgado?

—Teníamos que distribuir los pasajes, y separarnos entonces.

—Está mintiendo —dijo secamente Brigitte—… Esta mujer nos está mintiendo, Wilhelm.

—¡No! ¡No estoy mintiendo!

—Lo sabremos pronto, Olga Tivik —dijo Alexandria—. Y ahora, los planos. ¡Entréguemelos!

—No… no los tengo yo… Se los llevó Cozza…

—¿Cozza es uno de los cuatro?

—Sí, claro…

—Nos está mintiendo —aseguró Brigitte—: los ha quemado. ¡Ha quemado algo aquí dentro no hace mucho! ¡Papeles de un olor… peculiar!

—Es cierto —asintió Alexandria—. Hace rato que percibo ese olor a quemado. ¿Lo ha hecho, Olga Tivik?

—¡No, no…!

—Lo ha hecho —susurró amablemente el alemán—. Lo cual quiere decir que conoce el contenido de esos planos, que está en condiciones de obtener fruto de ellos. ¿No es así?

—¡No!

Otra violentísima bofetada restalló en una mejilla de la rusa, que lanzó un chillido por fin perdida su serenidad, los últimos restos de su aplomo profesional. Dos bofetadas más la arrancaron del sofá, tirándola rudamente al suelo. Alexandria se acuclilló a su lado y puso ahora la punta de cuchillo en la garganta de Olga Tivik.

—Es su última oportunidad, Olga. Si no nos dice…

—¡Wilhelm, espere! —exclamó Brigitte.

El alemán miró a la muchacha, que corría hacia la mesita del rincón, junto a la cual estaba la lámpara de pie. Cuando ella se volvió hacia él Alexandria sonrió al ver la diminuta cámara fotográfica que le mostraba.

—Buena vista, Brigitte —elogió—. Nuestra querida colega Olga Tivik es muy lista…, pero nosotros no somos insuficientes mentales, al parecer.

Brigitte encendió la luz de la lámpara de pie; una luz potente y clarísima. La apagó enseguida y miró a la rusa, cuyos ojos lanzaban llamaradas de odio.

—Mala suerte, Olga —sonrió la divina espía americana—: los planos van a volver a su propietario. Él decidirá por sí mismo qué es lo que quiere hacer definitivamente con ellos.

Y se guardó la pequeña cámara fotográfica en el escote, mientras Alexandria ponía en pie a la rusa con un tirón tan brusco que, al mover ella las piernas para mantener el equilibrio, la liviana falda se rasgó de arriba a abajo.

—¿Tiene amigos en Miami, Brigitte? —preguntó von Steinheil.

—Puedo tenerlos en cuanto quiera. Pero preferiría llamar a la Delegación del F. B. I.: estarán encantados de atender un caso de espionaje y contraespionaje, tras comprobar rápidamente mi identidad.

—Pues llame al F. B. I. Que envíen algunos hombres a Melrose Park.

—Pero eso es mentira… ¡Ella nos ha mentido en eso!

—¿Qué perdemos con cercar Melrose Park?

—Nada, desde luego.

—Pues llame y pase ese informe. Y usted, Olga Tivik, se va a venir con nosotros.

—Me… me cambiaré la falda…

—Está bien. La acompaño al dormitorio.

Entraron en éste cuando ya Brigitte estaba marcando el número de la Delegación del F. B. I. en Miami, convencida de que el Federal Bureau of Investigation tenía medios más que sobrados para saber, en pocos minutos, si debían no sólo confiar, sino atender a una muchacha llamada Brigitte Montfort. Eso en el supuesto de que el F. B. I. no la tuviese debidamente «fichada» en sus archivos generales de Washington, cosa de la cual no se libraban ni los más veteranos agentes de la C. I. A.

—¿Delegación federal? —inquirió Brigitte, al ser atendida al otro lado de la línea.

—… .

—Me llamo Brigitte Montfort, y…

Mientras hablaba dando explicaciones se veía reflejada en los cristales de la ventana que daba al porche frontal. Afuera todo estaba oscuro y silencioso. Un motel es un lugar generalmente discreto.

Dentro del dormitorio Alexandria no perdía de vista a la rusa, con un brillo un tanto irónico en los ojos. Olga Tivik había sacado ya una falda y un jersey, que estaban sobre la cama. Luego, sin mirar en ningún momento al alemán, sacó unos pantaloncitos y unos sujetadores mínimos, de color rojo ambas prendas, dejándolo también sobre la cama.

Sin preocuparse de cerrar el armario se volvió hacia Alexandria.

—¿Es necesario que esté aquí… ahora?

—Necesario y agradable —sonrió von Steinheil—. Mi edad es lo… suficientemente avanzada como para saber controlar las tremendas pasiones de la vida.

—¿Incluso viendo a una mujer desnuda?

—He visto muchas —amplió su sonrisa Alexandria—. Una más no alterará mi sistema nervioso. Y de todas maneras…

—¿Sí? —animó la rusa a Wilhelm a seguir.

—De todas maneras siempre es más fácil clavar un cuchillo en un cuerpo desnudo, que vestido.

—¿Acaso teme algo de mí? ¿Cree que voy a sacar un arma de algún sitio?

—Si se desnuda no creo que le quede ningún sitio donde poder esconder un arma.

—Siempre hay sitios —susurró ella—… Siempre hay recursos…

Pero con respecto a usted estoy pensando que sería mucho más gratificante para ambos relacionarnos… de otra manera…

Olga Tivik se acercó al alemán y se abrazó a su cuello, intentando besarlo en la boca, pero Alexandria apartó la cabeza hacia un lado, despectivo…, y la rusa se estremeció al notar en su espalda, la punta de cuchillo.

—No perdamos más tiempo —dijo von Steinheil, gélidamente.

—Es usted quien lo está perdiendo. Si quisiera…

En aquel mismo instante se oyó afuera el ruido inconfundible de cristales rotos, un grito de Brigitte, el sonido de un cuerpo al caer al suelo…

—¡Alex…! —no terminó Brigitte su llamada.

Olga Tivik comprendió que su ayuda había llegado.

Se apartó de von Steinheil rápidamente, pero no pudo conseguirlo del todo.

El alemán le hizo dar la vuelta y la tiró al suelo de una terrorífica bofetada que hizo rebotar a la rubia contra la pared antes de caer…

Luego saltó hacia el interruptor, apagó la luz, y se tiró rodando por el suelo hacia el *living*.

—Brigitte —llamó.

—Aquí, Alexandria, junto… junto al teléfono…

Von Steinheil se arrastró rápidamente hacia allí, mirando a la ventana, cuyo cristal había saltado en pedazos.

—Brigitte… ¿Está bien, Brigitte?

—Me han dado en el pecho…

Alexandria palideció intensamente.

Notó frío en el rostro, y su mano se crispó fuertemente en el mango del cuchillo.

—Vuelvo enseguida —susurró.

9. BRIGITTE Y ALEXANDRIA, GENTE DE CUIDADO / LA HISTORIA DE AMOR DE IBRAHIM EL ZEFER / FRANK LLAMA POR TELÉFONO

Saltó hacia la puerta sin vacilar. Sabía muy bien lo que había ocurrido. Y la culpa era de ellos, de Brigitte y suya. Jamás se debe dar pie al menor descuido, bajo ninguna circunstancia: el precio es la vida.

Alguien había disparado desde el exterior contra la muchacha, con pistola silenciosa, a través de la ventana. ¡Y había acertado de lleno en el pecho de Brigitte…!

Alexandria abrió la puerta y apareció como una centella en el porche. Inmediatamente, desde una esquina de la cabaña, dispararon contra él. Se vio el fogonazo. La bala pasó cerca de su cabeza, astilló uno de los torneados postes del porche, y se perdió inofensivamente. El alemán echó hacia atrás la mano armada del cuchillo, pero su agresor había ya desaparecido al otro lado de la casa.

Von Steinheil también rodeó la cabaña, por el lado contrario al que estaba el escondido tirador. Había setos, macizos de flores, césped… Olía a noche de verano amable y fresca. Pero un hombre acababa de disparar contra Brigitte, acertándole en el pecho…

Encajadas las mandíbulas, Von Steinheil continuó rodeando la cabaña. Sabía que aquel hombre no se iría sin intentar salvar a Olga Tivik, y, mucho menos, sin el microfilme de los planos que la rusa había quemado.

Por delante de él, y ya en la parte de atrás de la cabaña, oyó un ruido entre las matas. Si hubiese tenido una pistola, el hombre que se escondía allí habría muerto inmediatamente. Pero con un solo

cuchillo por toda arma, no podía arriesgarse demasiado, no convenía precipitarse…

El ruido entre las matas de flores se repitió, y Alexandria captó perfectamente el movimiento. Se agachó más, y adelantó hacia allí, deslizándose como una sombra. El otro se movía como un elefante, moviéndolo todo, haciendo ruido.

Y de nuevo brillaron en la oscuridad los blanquísimos dientes de Alexandria, en una sonrisa helada, cruel. Se inclinó, cogió un puñado de tierra, y la tiró hacia su derecha. La tierra cayó sobre un trozo de seto, ocasionando un rumor.

Enseguida, el hombre apareció de su escondrijo, disparando varias veces contra allí. Se vieron los fogonazos, se oyó el suave plop, plop, plop de los disparos silenciosos…, y Alexandria se irguió a la derecha del otro.

—Estoy aquí, amigo.

El otro soltó un respingo y se volvió velozmente, con la pistola a punto de disparar.

Pero Alexandria era mucho más rápido y había sabido colocar toda la ventaja de su lado. Movió el brazo hacia adelante, con toda su fuerza, en el momento justo en que el otro empezaba a girarse. Hubo un destello en la oscuridad, un golpe seco, un gemido ronco, y el hombre, Arnold Sandlars, se vino abajo con el cuchillo completamente hundido en la garganta y saliendo la punta por la nuca.

Alexandria saltó hacia él, lo apartó a puntapiés, y recogió la pistola, dispuesto a regresar a toda prisa a la cabaña. Estaba corriendo hacia la puerta cuando sonó el estampido contenido de un disparo. Oyó claramente en el interior el ruido de algo pesado al derrumbarse.

Palidísimo, Alexandria llegó al porche, saltó a un lado de la puerta, y llamó, hacia la oscuridad del interior:

—¡Brigitte! ¡Conteste, Brigitte!

—Estoy bien, Alexandria —oyó la voz calmosa y serena de la muchacha—. Entre y encienda la luz.

No poco sorprendido, el alemán hizo lo que indicaba Brigitte. Entró, dio la luz por el interruptor de la entrada a la cabaña, y se quedó petrificado en el umbral.

Brigitte estaba de pie y tan campante junto a la mesita donde el

auricular colgaba del hilo hacia el suelo. Tenía su pequeña pistola de cachas de madreperla en la mano derecha, y del cañón brotaba una fina hilacha de humo.

Más allá, casi cruzada en el umbral de la puerta del dormitorio, tendida de bruces, estaba Olga Tivik; su mano derecha estaba tendida hacia adelante, y en los crispados dedos tenía una pistola también silenciosa.

Poco menos que estupefacto, Alexandria caminó hacia la rusa y le dio la vuelta: tenía un pequeño agujero sobre el seno izquierdo, del cual salía un delgadísimo chorrito de sangre.

—Está muerta —musitó—. ¿Qué pasó?

—Salía a cazarlo a usted con una pistola.

—Sí… Ya entiendo esto… ¿No le habían acertado en el pecho?

—Así es —sonrió la muchacha; metió la mano en el escote y sacó la cámara fotográfica que perteneciera a Olga—. Pero esto detuvo la bala. El golpe fue tan fuerte que me derribó, pero la bala debió de desviarse, o rebotar, al chocar contra la cámara.

Alexandria se relajó de pronto. Estuvo unos segundos mirando a Brigitte, que sonreía dulcemente. Por fin, riendo, el alemán se acercó a ella y le pasó un brazo por los hombros.

—Brigitte: ahora tendré que tratarla como a una niña recién nacida, porque, en verdad, acaba de nacer.

—Pues me considerarán como un fenómeno —rió la muchacha —. Lo que siento, Alexandria…

Mostró mejor la cámara. La bala la había aplastado, abollado completamente; por un lado salía el extremo de la tira de película que contenía los planos; el resto se veía perfectamente enrollado.

—Se ha velado —musitó Alexandria.

—Temo que sí. Ha quedado toda al descubierto, de manera que no creo que pueda obtenerse nada de esta tira de microfilme. Lo siento.

—Oh, no importa… Otto arreglará este asunto.

—¿Cree que él recuerda todos los detalles de su invento?

—Por supuesto que sí. Es un hombre apocado, indeciso en las más de las situaciones, pero en cuanto a inteligencia creo que encontraríamos pocos como él. No le costará nada volver a dejar los planos de su ingenio espacial listos para ser examinados por el personal competente americano. Todo lo que ocurrirá es que él y yo

tendremos que quedarnos un tiempo más en Miami.

—¿Y eso… le disgusta?

—No.

—¿Puedo…? ¿Podré…?

El coloso alemán se acercó aún más a Brigitte, abrazándola ahora por la cintura.

—Brigitte, tengo cincuenta y tres años. ¿No crees que no deberías sentir tanto interés por mí?

—¿Por qué? ¿Por la edad?

—Desde luego.

Brigitte se echó a reír.

—Hay hombres que tienen treinta años y da pena verlos. Usted tiene más de treinta, pero…, ¿a mí qué me importa esa edad?

—¿Crees que me amas? —Sonrió él.

—No lo sé… No lo sé, Alexandria. Sólo hace unas horas que te conozco. Esperaba ver a un hombre más viejo, más gordo, más feo… Y te vi a ti. ¿Te molestaría que, en efecto, te amase?

—¡Por Dios…! Ningún hombre en su sano juicio puede sentirse molesto porque lo ame una chiquilla como tú. Sólo se trata de saber si yo puedo amarte a ti. Entiéndeme: no se trataría de sentirme satisfecho por tu amor, sino de amarte yo a ti.

—¿No podrías… amarme?

Wilhelm von Steinheil se inclinó y besó los dulces labios de Brigitte, suavemente; luego tomó el rostro de ella en sus manos y estuvo unos segundos mirando sus ojos.

—Brigitte —musitó—: eres la mujer más bonita que he visto jamás. Te lo juro. Pero algún día te contaré una historia. Una vieja… y tonta historia de amor… que empezó y terminó en África.

—¿Tu historia de amor?

—La historia de amor de Ibrahim El Zefer y una muchacha mora llamada Zaida. A veces… a veces, después de haber amado intensamente, el corazón queda como… como paralizado. O agarrotado, quizá. No lo sé, Brigitte. Es… es como si al atleta que acaba de correr la Maratón le pidieran que corriese un par de millas más. Un par de millas es poca cosa, y quizás en ese par de millas esté el mejor camino, el más cómodo, el más amable… Pero el atleta ha corrido mucho por otros caminos; quizá más ásperos, más salvajes, más duros y agotadores… Pero ha corrido demasiado

tiempo por ellos, y ama esos caminos. Los otros, por bellos que sean, sólo le inspiran simpatía… Incluso cariño, quizá. Pero ya no puede amar… amar esos caminos con la misma intensidad que los primeros, y…

Wilhelm von Steinheil se calló. Quedó silencioso, sombrío, con una sombra amarga en los ojos, algo pálido el rostro, prietos los labios.

Brigitte se alzó sobre las puntas de los pies, y besó aquellos labios que entonces le parecieron de piedra.

—Yo te entiendo, Alexandria. —Sonrió tristemente y, tras una pausa, dijo—: Avisé al F. B. I. para que fuese a Melrose Park. ¿Vamos nosotros también allí?

—Algo tendremos que hacer —asintió von Steinheil—. ¿Dijiste algo de esta casa?

—Sí. Mencioné a Olga Tivik y su falso nombre de Margo Sanderson. Mi jefe se pondrá furioso conmigo por no haberle avisado a él solamente, pero cuando una cosa urge hay que aceptar los acontecimientos.

—Dejaremos las cosas tal como están —dijo Alexandria—. Y no perdamos ya más tiempo.

Se dirigieron ambos hacia la puerta. Brigitte estaba fuera ya, y von Steinheil iba a cerrar la puerta, cuando sonó el teléfono, cuyo auricular había colgado el alemán un instante antes de modo casi mecánico, rutinario.

Se miraron los dos.

—Contesta tú —dijo von Steinheil—. Si es alguno de los amigos de Olga Tivik convendrá que oiga una voz de mujer. No creo que los engañemos, pero…

Brigitte descolgó el auricular, carraspeó como quien tiene la voz algo ronca, y murmuró:

—¿Sí?

—¿… .?

—¡Frank! ¿Cómo me has conocido?

—¡… .!

—Está bien, está bien… ¿Qué ocurre? ¿Por qué me llamas aquí?

—¿… .?

—Sí, esta vez tienes razón. Vayamos por partes… y a lo que interesa. ¿Por qué me has llamado aquí?

—… .

—Sí, bien… ¿Qué más?

—… .

—¿Estás seguro?

—¡… .!

—¡No me grites! ¿Dónde estáis exactamente?

—… .

—¡De acuerdo! ¡No te muevas de ahí! ¡Vamos enseguida! —Colgó y se volvió hacia von Steinheil—. Era Frank Minello. Ha seguido a Otto Gürtner.

—¿Cómo?

—Otto Gürtner salió del hotel, con una maleta y un paquete. Tomó un taxi. Frank nos ha llamado al hotel y al final ha creído que podría localizarnos aquí, pues sabía lo de Olga Tivik, o sea que la rubia que él siguió…

—Sí, sí, ya sé… ¿Qué hay de Otto?

—Pues eso: salió del hotel con una maleta y un paquete, y tomó un taxi con el cual se ha dedicado a dar vueltas por Miami. Ahora está en una cafetería de la North West 29th Street, delante mismo de los límites de terreno del Miami International Airport. Frank nos ha llamado desde esa cafetería.

Wilhelm von Steinheil pareció recibir una carga demasiado pesada incluso para sus hombros de coloso. Se dirigió hacia uno de los sillones y se dejó caer en él. Durante casi dos minutos estuvo pensativo, hundida la frente entre sus grandes manos fuertes y aristocráticas, bajo la dulce y, a la vez, desconcertada mirada de Brigitte.

Por fin, el alemán alzó la cabeza. Brigitte se asustó un poco al ver sus ojos secos, ardientes. Alexandria se puso en pie.

—Vamos a buscarlo.

10. DOS JARRAS DE CERVEZA / DOS MILLONES DE DÓLARES / DOS HOMBRES CON DOS PISTOLAS

—Está dentro —dijo Frank Minello—. Entró ahí poco antes de llamarte, Brigitte. Ha pedido una cerveza caliente y está bebiendo como si no se diese cuenta de nada, fija la mirada en… en ningún sitio.

Brigitte se volvió hacia von Steinheil, el cual encogió los hombros.

—No sé, Brigitte. Le dijimos que se quedase en el hotel…

—Tú sabes algo —musitó Brigitte.

—¿Qué puedo saber? Ni más ni menos que tú.

—Wilhelm: necesitamos esos planos. Sabemos que los rusos no los tienen, han sido quemados y velados. Pero no podemos correr el riesgo de que Otto se nos escape y lo vuelvan a localizar y le obliguen a dibujar los mismos planos… ¿Lo entiendes?

—Sí.

—Escucha… Estados Unidos no utilizará ese ingenio espacial. Estoy segura de eso. Alexandria, quiero que lo entiendas: sólo se trata de que Otto Gürtner no pueda ser localizado de nuevo por los rusos: ellos sí utilizarían esa… esa especie de V2 espacial. Estoy luchando por la ciencia de mi país ahora, Wilhelm, no por motivos políticos, ni de venganza, ni de espionaje… ¡Tienes que entenderlo!

—Lo entiendo todo, Brigitte.

—¿Y…? —suspiró la muchacha.

—Esperadme aquí. Voy a hablar con Otto. Él me lo explicará todo.

Otto Gürtner alzó la cabeza, sobresaltado, y miró al camarero. Luego miró las dos jarras de porcelana llenas de cerveza espumosa, ligeramente caliente.

—¡No he pedido esto! —exclamó.

—Lo pedí yo, Otto —Alexandria apareció detrás del camarero, y le hizo señas de que se alejase—. Espero que no te niegues a beber conmigo.

Gürtner quedó blanco completamente, mordiéndose los labios.

—Wilhelm… —alentó apenas.

—¿Puedo sentarme?

—Sí… Sí, sí, siéntate…

Von Steinheil se sentó. Encendió un cigarrillo y luego se quedó mirando cariñosamente a su viejo amigo, que tartamudeó:

—Tú… tú debes de estar preguntándote qué hago aquí, Wilhelm.

—En efecto —sonrió von Steinheil—. Pero también tú podrías preguntarme qué es lo que hago yo, y cómo he sabido que estabas aquí.

Otto Gürtner pareció reparar en ello entonces, y parpadeó confuso.

—¡Cierto! —exclamó—. ¿Cómo lo has sabido?

—Por el amigo de una amiga —volvió a sonreír Alexandria—. Lo que estábamos haciendo era cuidarte, Otto. Protegerte. Y tú haces el equipaje y te vas. ¿Por qué?

—Yo… quiero irme, eso es todo…

Von Steinheil bebió un trago de cerveza.

—Otto: ¿te das cuenta de que has traicionado mi confianza, mi amistad, mi cariño hacia ti?

—¡No!

—Eso es lo que has hecho —dijo tristemente Alexandria—… Para mi desgracia tengo una memoria prodigiosa, lo recuerdo todo. Quizá —sonrió— es que me estoy haciendo viejo. Ya sabes que los viejos recuerdan más las cosas de su juventud que las actuales. Recuerdo cuando nos conocimos en la universidad, en Heidelberg, hace… treinta y seis años. Yo tenía diecisiete y tú veintitrés. Nadie comprendía por qué nos hicimos tan amigos. Tú admirabas mi estatura, mi vigor físico. Yo era el ídolo deportivo de la universidad, y tú eras… mi ídolo particular, mi amigo inteligente, el cerebro claro, lúcido, el hombre seis años mayor que yo que veía el mundo a través del cristal de la verdad. Me gustaba oírte, te admiraba…

—Eso… eso fue hace muchos años, Wilhelm.

—Ya te lo he dicho: treinta y seis. En ese tiempo tú y yo hemos

sido mucho más que amigos. Nuestra mutua admiración y cariño lo ha resistido todo: ausencias, diversidad de trabajos, opiniones… No sé si te das cuenta de que eres casi un anciano, Otto.

—Tengo seis años más que tú. Y jamás tuve tu riqueza física. Tú pareces un hombre de cuarenta años… Y lo eres. Creo que lo eres, Wilhelm. Tienes cuatro canas a cada lado de la frente, tu cuerpo no se ha encogido. Eres… como un muchacho lleno de vitalidad al que de pronto le han salido unos cuantos cabellos blancos. No hay en ti nada de vejez, ni el más leve asomo de decaimiento físico. Considerando esto los años importan bien poco.

—Es cierto esto también —aceptó von Steinheil—. Hoy he matado a tres hombres a cuchilladas, y ha sido peleando, con los mismos riesgos por ambas partes… No, no digo la verdad. La verdad es que yo corría más riesgo que ellos, que además eran teóricamente más jóvenes. Es verdad que me siento joven, que sé que todavía puedo hacer muchas cosas en la vida… Pero tengo la suficiente edad para comprender lo que sea que ocurra a mi alrededor. Es por eso que espero que tú me expliques todo de modo que yo pueda entenderlo.

—¿Qué es lo que debo explicarte?

—Tu traición.

—¡Mi traición! —Palideció de nuevo Gürtner—. ¿Estás loco?

—No.

—Wilhelm…

—Espera. Te diré algo. Yo escribí una carta a Brigitte Montfort ofreciéndole tus planos. Y a ella quisieron matarla en Nueva York. Sabían su nombre, sabían que le había escrito, sabían que venía a Miami… Y, aparte de ella, sólo tú y yo podíamos saberlo, Otto. Apareces y desapareces del hotel; te digo que te quedes allí y lo que haces es la maleta y venirte al aeropuerto, dando vueltas en un taxi por toda la ciudad. ¿Por qué? ¿No quieres explicármelo? ¿No merezco ni siquiera una explicación?

—Voy… voy a dártela, Wilhelm. Eso es lo que voy a hacer. ¿Has tenido alguna vez dos millones de dólares?

—En moneda americana, no. En su equivalente en marcos tengo mucho más. Tú lo sabes.

—¡Tú los tienes, pero yo no! ¡Jamás los he tenido! ¡Y quiero tenerlos ahora, cuando ya soy viejo, cuando ya ni siquiera tengo

fuerzas ni deseos de luchar más! Wilhelm, quiero ese dinero, esos dos millones de dólares, esos últimos días tranquilos de mi vida, la muerte apacible…

—¿Me estás pidiendo dos millones de dólares? Cuenta con ellos.

—¡No los quiero! ¿No lo entiendes? ¡Los he ganado yo solo, no necesito que nadie me los dé como una limosna!

—No seas infantil.

—¡No soy infantil! ¿Crees que un niño inventaría lo que he inventado yo? Es un gran invento… No importa lo que haga con él quien lo tenga: es un gran invento. Y es mío. ¿Por qué he de cedérselo a los americanos? ¿Por qué, si los rusos me ofrecieron dos millones de dólares por él?

—No te pagarán.

—¿No? —Rió Gürtner, alzando el paquete de libros—. ¿Qué es lo que crees que hay aquí? ¿Qué crees tú?

—¿Dos millones de dólares?

—¡Exactamente! ¡No son libros, son dos millones de dólares, Wilhelm! ¿Tú puedes entender esto?

—Creo que sí. ¿Por qué te los dieron?

—Por los planos.

—¿Hiciste un trato con el espionaje ruso?

—Sí.

—¿Cómo es posible? Yo te ayudé a escapar de la zona soviética con la condición de que tu trabajo no debía ir a parar a manos de ellos. Y tú aceptaste esa condición. Por unos días volví a ser el audaz Alexandria. Me jugué la vida por ti, te saqué de allí, te traje a América… Y tú me habías dicho que aceptabas mis condiciones: los planos para los norteamericanos.

—Ahora escúchame tú a mí. Una mujer y tres hombres nos siguieron desde Europa hasta aquí. Yo no lo sabía pero tras el telón estaba vigilado. La muchacha rubia habló conmigo en un momento en que tú no estabas presente. No quería pelear, me dijo. Nos hallábamos en Estados Unidos y no le interesaba el escándalo ni los riesgos. Todo lo que quería era los planos. Y me ofreció, a las buenas, dos millones de dólares por ellos.

—Y tú aceptaste —susurró von Steinheil, crispado el gesto.

—Le dije… le dije que tú querías entregarlos a los yanquis, y que no quería defraudarte, que me habías ayudado, que eras mi

amigo… No, yo no quería defraudarte, Wilhelm. Y… se lo dije así… Ella dijo entonces… dijo entonces que los muertos no pueden sentirse defraudados. Yo le dije que tú no tenías que morir, pues de otro modo ella jamás tendría los planos. Ella aceptó mis condiciones: dos millones de dólares y tu vida por los planos. Pero había un inconveniente: tú habías escrito ya a Brigitte Montfort. Y entonces la rubia dijo que había que matarla inmediatamente…

—¿Aceptaste eso?

Gürtner inclinó la cabeza.

—Ella… no eras tú.

—Lo aceptaste, entonces. ¿Y aceptaste también que me mataran a mí, finalmente? ¿Te convencieron de que yo debía morir?

—¡No! Espera, déjame hablar, yo te lo explicaré todo. Mira… Ella, la rubia, dijo que había que matar a Brigitte Montfort, y yo acepté. Pero contigo era diferente… Verás lo que ideamos: te raptaban y te llevaban a algún lugar donde hubiera teléfono para hacerte hablar delante del aparato, de modo que yo lo oyera todo desde el hotel para luego poder justificarme ante ti diciéndote que entregué los planos para salvarte. Y terminado todo el asunto te dejaban marchar y ya estaba resuelto el caso.

—Eres un pobre hombre, Otto.

—¡La creí! ¡Creí a aquella chica! Después de oírte hablar con aquellos dos hombres yo sabía ya que podría justificarme ante ti. Entonces cobré los dos millones de dólares y entregué los planos. Ella se fue, y yo bajé a depositar el dinero en la caja fuerte del hotel. Luego fui a buscar un pasaje de avión para Honolulú. Sabía que cuando te soltasen tú sabrías encontrarme, y todo lo que tendría que decirte era que me habían ordenado desaparecer y que sólo entonces te dejarían libre a ti. Tú vendrías a Honolulú a verme, y luego regresarías a Alemania, o a tus desiertos africanos… No habría pasado nada, y yo tendría dos millones de dólares para acabar mis días al sol, tranquilo y feliz… Tú escapaste antes de tiempo, y eso me alegró. Pero yo tenía ya mi pasaje, así que recogí el dinero y me vine hacia aquí, dando vueltas por… por si alguien me seguía.

—¿Por ejemplo yo mismo? ¿Comprendiste que yo tenía que sospechar de ti al saber que habían querido matar a Brigitte?

De nuevo inclinó Otto Gürtner la cabeza.

—Sí… Pero no ha pasado nada… ¡Nada!

Wilhelm von Steinheil no podía parecer más deprimido. Suspiró profundamente.

—¿Nada? —murmuró luego—. Me pediste ayuda y yo te la di, con una sola condición: que entregases tus planos a Estados Unidos. Y me has traicionado: los has vendido a Rusia por dos millones de dólares. Supiste que iban a matar a una mujer y aceptaste. Supiste que me iban a secuestrar a mí y quisiste convencerte a ti mismo de que nada me ocurriría. Supiste que iba a recuperar tus planos…, y todo lo que haces es huir con dos millones de dólares, dejándome solo, engañado, sin explicaciones… ¿Todo esto es para ti «nada»?

—Wilhelm, tú… tú estás vivo…

—Yo sí. Pero pude morir. También pudo morir Brigitte. Y han muerto una mujer y cuatro hombres, y otro hombre está en un hospital… ¿Esto es «nada» para ti?

—Yo… yo tengo los dos millones de dólares…

—Que es, en definitiva, lo que te interesa. Me utilizaste para escapar de Alemania Oriental. Sabías que si dabas a conocer allá tu invento se limitarían a quedárselo, sin ningún provecho para ti. Ah, pero tú tenías un gran amigo, un amigo excepcional: barón comandante Wilhelm von Steinheil, Alexandria, Ibrahim El Zefer… El hombre más audaz que conociste jamás, el más admirado, el más fuerte, el que con toda seguridad te sacaría de allí… No para regalar tu invento a los americanos, sino para poder atender, en terreno libre, al mejor postor. Y aceptaste al primero: Rusia. La única que sabía algo de ti. Te ofrecieron dos millones, te cegaron, y ya nada te importó… ¡Lo habías conseguido! Habías engañado a tu amigo, tenías dinero… ¿Qué más pedir?

Quedaron silenciosos, los dos. Por fin, Otto Gürtner miró su reloj; luego, a Alexandria.

—Mi… mi avión sale dentro de… de quince minutos… ¿Qué piensas hacer, Wilhelm?

—Vete, Otto. Ve a Honolulú, vive tu vida. Pero olvídate para siempre del que fue tu mejor amigo. Para ti Wilhelm von Steinheil ya no existe. Hasta nunca, Otto.

—¿Me dejas… me dejas marchar?

—Te echo de mi lado, que no es lo mismo.

Otto Gürtner se puso en pie y recogió nerviosamente el paquete

que contenía los dos millones de dólares, y la maleta.

—Gracias… Gracias, Wilhelm… Sabía que tú no me fallarías…

El inventor del peligroso ingenio espacial tendió su mano derecha, dejando por un momento la maleta en el suelo. Pero Wilhelm von Steinheil ignoró la mano. Permaneció sentado, hundida la barbilla en el pecho, sombría la expresión. Gürtner volvió a coger la maleta.

—A-adiós, Wilhelm…

Se dirigió hacia la puerta y salió de la cafetería. Casi enseguida Brigitte se sentó delante de Alexandria.

—¿Qué ha pasado? —murmuró.

—Ahí va tu hombre, Brigitte. El único que puede proporcionarte los planos que te ofrecí… Pero no tengas prisa por alcanzarlo. Siempre estarás a tiempo de encontrarlo en Honolulú, tumbado al sol en las blancas arenas de Waikiki, disfrutando de sus dos millones de dólares… Es todo tuyo. Yo… no puedo… ni quiero hacer nada más en este asunto.

Brigitte acarició con ternura una mano de von Steinheil.

—Estás triste, Alexandria.

—Yo… he luchado contra cientos de espías… Los he respetado, porque en todo momento comprendía que, como yo, ellos estaban al servicio de su patria, de sus amigos… Creí que el espionaje y la mentira no tenían secretos para mí. Y soy… soy todavía como un niño que no conoce a quienes le rodean, que confía en todos…

—¿Te ha engañado tu amigo?

—Me ha utilizado, me ha mentido, no le ha importado mi vida, ni la tuya, ni la de nadie… Él estaba en tratos con Olga Tivik y sus hombres… Lo tenía todo planeado.

—¿Y lo dejas marchar?

—Ya te he dicho que es tuyo. No conozco a Otto Gürtner. También te lo he presentado, sabes cómo es, y que se dirige hacia Honolulú llevando en un paquete dos millones de dólares y en su cabeza los planos que te interesan… ¿Puedes pedirme más?

—No te disgustes conmigo, amor —temblaron los labios de la muchacha—. Y no pienses de mí que…

Frank Minello apareció junto a ellos, de pronto, rompiendo la suave y triste escena con su vitalidad, con su vozarrón:

—Ya llamé al F. B. I., Brigitte, como tú querías… Parece que no

han encontrado nada en Melrose Park. También han ido a la cabaña del motel de Coconut Grove y a la casita de Miami Shores… Nadie más ha aparecido por allí. ¿Y Otto Gürtner?

—Se va en avión, Frank…, llevándose dos millones de dólares.

—¡Zambomba! ¿De dónde ha sacado tan estupendo bocado?

—Se lo dio Olga Tivik.

—¿De veras? ¡Vaya, pues es algo extraordinario! Esa gente te paga primero y te roba después… ¿Qué ocurre?

Brigitte y von Steinheil habían cambiado una rápida mirada.

—¡Los dos que faltan! —exclamó Brigitte.

Pero lo dijo ya corriendo hacia la salida de la cafetería, detrás de Alexandria.

* * *

Otto Gürtner recorrió a buen paso el amplio vestíbulo encristalado, arrastrando su maleta y sujetando fuertemente el paquete que contenía ni más ni menos que dos millones de dólares en moneda americana contante y palpable.

Se sentía feliz y libre. ¡Lo había conseguido!

Los altavoces pedían por favor a los señores pasajeros del vuelo tal y tal que se dirigieran a tal sitio para ser llevados a la pista tal, desde donde despegaría el avión con destino a Honolulú… En un momento Otto Gürtner se encontró fuera del edificio del aeropuerto. A lo lejos vio perfectamente el fantástico avión que lo llevaría hacia el final placentero de una vida que hasta entonces no le había gustado…

—¡OTTO…!

Su propio nombre resonó como un timbrazo de alarma en los oídos de Otto Gürtner, por encima del sonido de voces, de las palabras un tanto metálicas del altavoz, del ir y venir de la gente… Se volvió y vio a von Steinheil corriendo hacia él. Junto a Steinheil corrían Brigitte Montfort y otro hombre, alto y fuerte.

—No… No, no… ¡Ahora no! ¡Ahora no podéis detenerme!

Echó a correr sin mirar hacia dónde lo hacía, tropezando con la gente que caminaba en dirección contraria, e incluso con los que seguían su mismo camino. Desesperado, apartó a varias personas sin dejar de correr. No podía correr… Sentía una opresión en el pecho,

como si se lo estuviesen aplastando… Y una vez más admiró la potencia física de Wilhelm von Steinheil. ¡Él sí habría conseguido escapar, habría corrido mucho más…!

—¡Otto, vuelve…! —Oyó la voz de Alexandria.

—No… No voy a volver… ¡No!

Se encontró corriendo por terreno llano, despejado, arrastrando dificultosamente su maleta. La dejó caer y continuó corriendo. Por delante de él y hacia un lado vio a otros dos hombres que parecían querer alcanzarlo… Se desvió de su camino intentando esquivarlos, pero aquellos dos hombres corrían muchísimo más que él. Eran más jóvenes, más fuertes, más rápidos.

Otto Gürtner no comprendió lo que significaba aquel golpe en la espalda; ni por qué tenía que caer de rodillas ahora que sólo transportaba el liviano peso de los dos millones de dólares en billetes de mil. Rodó por el suelo, se volvió, y vio a los dos hombres a menos de una docena de pasos de él, apuntándole con sus pistolas.

Se puso de rodillas.

—¡No, no, NOOOO…! —gritó.

Notó los golpes en las manos que sujetaban el paquete de dinero contra su escuálido pecho, y contra éste. Golpes desconcertantes… El paquete escapó de sus manos, roto, destrozado. Vio a uno de los hombres dar un extraño salto, justo cuando se oía un potente estampido, y caer de bruces en el terreno alisado del aeropuerto. El otro había dado la vuelta y corría alejándose de allí, pero pareció tropezar con algo, saltó de un modo que a Gürtner le pareció cómico, y cayó violentamente de cara al suelo, rebotó, dio dos vueltas.

—Ji, ji… —rió Otto, pues la escena le pareció cómica.

De pronto, vio el dinero.

El paquete había sido roto por las balas disparadas con silenciador, y algunos billetes, manchados de sangre, revoloteaban brevemente sobre la tierra prensada.

—Son míos… ¡Son míos!

Caminó dos pasos hacia ellos, de rodillas, tendiendo las manos. De pronto todo pareció ennegrecerse al máximo. Desaparecieron las luces de las pistas, de la torre de control, del vestíbulo del aeropuerto. Todo fue negro, negro, negro… Cayó hacia adelante, y

todavía pudo notar el tacto de un billete, y el de su propia sangre en él…

—Es mío, es mío…

Apenas un segundo después Wilhelm von Steinheil se arrodillaba junto a él. Y, enseguida, llegó Brigitte, jadeando, acompañada de Frank Minello, en cuya mano humeaba todavía su pistola.

—Los dos que quedaban están muertos ahora —dijo Minello—. Les acerté bien.

Alexandria miró a la muchacha, y ésta no necesitó explicaciones.

—¿Está muerto? —susurró.

Von Steinheil asintió con la cabeza y se puso en pie. La gente corría hacia allí, siguiendo a unos cuantos policías que tocaban sus silbatos. Al fondo se oía la sirena de un coche policial acercándose.

El alemán comenzó a alejarse, lentamente. A su alrededor algunos billetes escapados del paquete reventado por las balas se mecían bajo la suave brisa, de un lado a otro…

—Alexandria…

—Ahora no, Brigitte —se volvió él—… Ya nos veremos.

—Como tú digas.

—Siento que ya jamás nadie tendrá ese ingenio espacial.

—Nadie lo necesita —aseguró Brigitte.

El alemán asintió y continuó alejándose. Jamás se sabe lo bastante en espionaje, ni se conoce lo bastante a nadie…

Pero Brigitte sí estaba segura de conocer a aquel hombre.

Y se preguntó si aquella profunda tristeza que sentía no era la comprensión de que había conocido a un hombre que era humano por encima de todo…, aunque hubiese sido un espía alemán.

ÉSTE ES EL FINAL

—¿Nos volveremos a ver? —Temblaron los labios de Brigitte.

—¿Por qué no? —Sonrió Alexandria—. Tú sabes dónde y cómo encontrarme, y yo también sé dónde estás tú.

—¿Nunca me llamarás?

—No lo sé. Pero sí quiero que en cualquier momento que necesites a tu lado a un auténtico amigo me avises. Donde sea, cuando sea, y para lo que sea, Alexandria siempre estará de tu parte. Eres tan maravillosa como suponía, Brigitte.

Ella inclinó la cabeza. De nuevo estaban en el Miami International Airport, pero habían pasado ya tres días. Tres días junto a Wilhelm von Steinheil. Y ahora que él se iba Brigitte Montfort se sentía poco menos que sola en el mundo. Jamás, ocurriese lo que ocurriese, conseguiría olvidar a aquél espía alemán. Entre ellos dos quedaría el buen recuerdo de los dos días últimos…

El altavoz indicó a los señores pasajeros con destino a París que se dirigiesen a ocupar su plaza en el avión, y von Steinheil tomó entre sus manos el rostro de Brigitte.

—Jamás olvidaré tus ojos. —Los besó—… Y siempre lamentaré haber nacido tanto tiempo antes que tú.

Brigitte consiguió sonreír. Se alzó sobre las puntas de sus pies y besó la boca del alemán.

—No pierdas el avión —dijo con voz de lágrimas.

—Hasta siempre, espía de dulce corazón.

Minutos después, ya en el cielo el avión, Brigitte lo veía a través de sus lágrimas mal contenidas.

—Hasta siempre, Alexandria…

FIN



LOU CARRIGAN (1934, Barcelona, España), es el seudónimo de Antonio Vera Ramírez. Es un prolífico escritor de novelas, tanto de aventuras como del oeste, ciencia ficción o terror. Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle.